

La consolación de las Escrituras

Estudios devocionales breves de la Palabra de Dios

Tomo 1

Joseph Arthungal

Otros libros del autor:

Grace for Family Life (también disponible en español, *La gracia para la vida familiar*)

Grace for Raising Children

Comfort of the Scriptures Vol. 2

Comfort of the Scriptures Vol. 3

La consolación de las Escrituras

Estudios devocionales breves de la Palabra de Dios

Tomo 1

Joseph Arthungal

Traducido por Bárbara Loach

“Porque todo lo que fue escrito en tiempos pasados, para nuestra enseñanza se escribió, a fin de que por medio de la paciencia y del consuelo de las Escrituras tengamos esperanza.” Romanos 15:4

Ensayos escritos para impartir el consuelo de las Escrituras tanto como instrucción en la piedad.

Favor de comunicarse con el autor en:

joseph.arthungal@gmail.com

O, por correo en: P.O. Box 1055, Fairborn, OH 45324 USA

Primera impresión

Copyright©2012 por Joseph Arthungal

Todos los derechos reservados

Se otorga permiso para reproducir este texto para fines no lucrativos.

Disponible en:

Correo electrónico: joseph.arthungal@gmail.com

La Red: www.graceforgodliness.org

Todas las citas de las Escrituras en español vienen de *La Biblia de Las Américas*

(*LBLA*) *Biblia de Estudio*, Lockman Foundation, Copyright 2000. Usada con permiso.

Todos los derechos reservados. (www.lockman.org). Las citas de la Amplified Bible son traducciones personales o paráfrasis de la versión en inglés.)

La oración del autor para sus lectores:

*Que corazones sean atraídos a Ti, Señor:
El corazón de aquel que está afligido,
El corazón de aquel que está desconsolado,
El corazón de aquel que está encarcelado,
El corazón de aquel que está en el hospital,
El corazón de aquel que reside en el asilo de ancianos,
El corazón de aquel que llora,
El corazón de aquel que está cargado,
El corazón de aquel que está fatigado,
El corazón de aquel que está deprimido,
El corazón de aquel que ha perdido a un ser querido,
El corazón de aquel que está buscando la voluntad de Dios,
El corazón de aquel que necesita al Salvador—
Que esos corazones encuentren consuelo. Amén.*

Nota del autor:

Estas son las palabras que Dios habló acerca del Señor Jesucristo por medio de Isaías el profeta:

*El Espíritu del Señor Dios está sobre mí,
Porque me ha ungido el SEÑOR
Para traer buenas nuevas a los afligidos;
Me ha enviado para vendar a los quebrantados de corazón,
Para proclamar libertad a los cautivos
Y liberación a los prisioneros;
Para proclamar el año favorable del SEÑOR,
Y el día de venganza de nuestro Dios;
Para consolar a todos los que lloran” Isaías 61:1-2.*

El camino a Sión pasa por el valle de Baca (el valle de lágrimas), y nuestra fuerza aumenta con cada paso (Salmo 84:6-7). Oh Señor, no me permitas dejar de confiar en Ti mientras camino por el valle de lágrimas. Amén.

Se espera que estos ensayos le traigan consuelo a usted. Nuestro Dios es el Dios de toda consolación (2 Cor. 1:3). Si usted encuentra una bendición en estos ensayos, por favor compártalos con alguien, y ore por mí, el que los escribió por la gracia de Dios.

Joseph Arthungal

Índice

El Dios de toda consolación.....	1
“Porque Tú estás conmigo”.....	2
Los consuelos de Dios.....	2
Agradeciéndole a Dios en el dolor.....	4
Esperando en Dios.....	5
“Os llevo en el corazón”.....	7
“He aquí, yo vengo pronto”.....	8
Ofreciéndonos a Dios.....	9
Corriendo la carrera con los ojos puestos en Jesús.....	10
La fe también obra.....	12
Oremos como Jesús oró.....	13
¿Está complacido el Señor conmigo?.....	15
El desánimo	16
“Oh, Señor, repréndeme”.....	17
Escuchando la voz de Dios.....	18
Cuando vienen las ofensas.....	19
Los pasos de fe al seguir a Jesús.....	21
Cuando nuestras oraciones parecen no ser contestadas.....	23
El libro de la vida cotidiana	24
Avisos para los últimos días.....	25
“Señor, me ofrezco en el altar”.....	26
La conclusión de Salomón.....	28
Aprendiendo de Job.....	29
“Señor, tengo tiempo para Ti”.....	30
“Estad firmes”.....	32
Conociendo a Cristo en su humildad.....	33
La felicidad se encuentra en cumplir la voluntad de Dios.....	35
La devoción personal hacia Dios.....	36
Ofreciendo nuestros cuerpos.....	37
Orar e interceder.....	38
Creciendo en gracia y conocimiento.....	40
Un corazón perfecto.....	42
“¿A quién enviaré?..”.....	43
Viviendo a finales del tiempo postrero.....	45



El autor Joseph Arthungal y su esposa Achiamma "Lilly" Arthungal (ahora con el Señor), siervos en Fairborn Christian Fellowship, Fairborn, Ohio, USA
www.graceforgodliness.org

"Pero en ninguna manera estimo mi vida como valiosa para mí mismo, a fin de poder terminar mi carrera y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio solemnemente del evangelio de la gracia de Dios."
Hechos 20:24

El Dios de Toda Consolación

De vez en cuando, hallándome en pruebas, se me presenta la verdad de que el Señor sabe como arreglar mis circunstancias para consolarme. En esta fe encuentro la consolación y la fuerza para esperar en Dios y darle gracias. De otro modo me siento cargado.

En 2 Cor. 1:3-5 el apóstol Pablo bendice a Dios por sus consuelos: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en toda tribulación nuestra, para que nosotros podamos consolar a los que están en cualquier aflicción con el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios. Porque así como los sufrimientos de Cristo son nuestros en abundancia, así también abunda nuestro consuelo por medio de Cristo."

"¡El Padre de misericordias!" "¡Dios de toda consolación!" Que estas palabras estén escritas en nuestro corazón. Pablo sufrió mucho, y por lo tanto necesitaba mucha consolación. Aquí podemos ver el sufrimiento como el precursor o la garantía de los consuelos de Dios. Debemos asegurarnos de que estamos sufriendo según la voluntad de Dios y no porque intentamos ejercer nuestra propia voluntad. Dios nos dará entendimiento si lo buscamos a Él con un corazón perfecto y dedicado a Su voluntad.

¿Estamos sufriendo? Encomendémonos a Dios (1 Pedro 4:19) y oremos, Santiago 5:13. Los consuelos del Espíritu vendrán a su debido tiempo. Sin embargo, tenemos una inclinación natural de perdernos en nuestros pensamientos y alejarnos de Dios, aumentando así nuestro dolor. En tal caso, pues, digamos, "Mi Dios es fiel para consolarme." Esta es una confesión verdadera, agradable a Dios, y así eficaz para sostenernos.

Recientemente, mientras experimentaba una prueba, el Señor me enseñó que debía estar contento con sus consolaciones y ofrecerle (con acción de gracias) cualquier consuelo que tengo o que me falta de las amistades humanas. Debemos recibir el consuelo o el dolor de las personas, todo como de la mano de Dios. Es a Él a quien tenemos que dar cuenta, Heb. 4:13. Si tomamos todas las cosas como de la mano de Dios, esto nos libra del poder de otras personas y nos ayuda a orar por ellos sin culparlos. Esta actitud de fe tiene un efecto transformador en nuestro ser y nos ayuda a permanecer en la paz de Dios.

Quizás le parece a usted que se encuentra en una situación en que sólo Dios le puede ayudar y que Él es su único consuelo. Espero que sus ojos de fe sean iluminados para ver el propósito que Dios tiene para usted: que usted pueda experimentar la verdad de 2 Cor. 1:3-5. Es mi deseo permanecer en esta fe y confiar en Dios en cada situación.

El Señor resucitado siempre está a la diestra del Padre intercediendo por nosotros (Heb. 7:25), nunca condenándonos por nuestras debilidades, Heb. 12:24; Juan 3:17. Como el Padre de nuestro espíritu, nos corrige (lo cual a veces puede ser doloroso, Heb. 12:6-11), y Cristo como nuestro Sumo Sacerdote intercede por nosotros sin condenarnos, así como oró en la cruz por aquellos que lo crucificaron. Por esta razón nosotros podemos acercarnos con confianza al trono de gracia donde está intercediendo por nosotros y recibir consuelo del "Padre de misericordias y Dios de toda consolación." Amén. [Recuerde: debemos interceder por otros de la misma manera en que Cristo intercede por nosotros—sin condenarlos. Esto nos hace a nosotros vías de bendición para otros.]

“Porque Tú estás conmigo”

Dios me ha tocado el corazón con la idea de que necesito tenerlo conmigo cuando estoy afligido. Necesito tenerlo cuando sufro tentaciones o pruebas. Solo y sin el Señor, me encuentro en un área peligrosa. Sin que el Señor me tome de la mano, voy a dudar. Necesito de sus consuelos. Necesito la certeza de que Él está conmigo. Necesito saber que Él está complacido conmigo.

“...Porque Tú estás conmigo,” dijo David. Sabía que su Pastor no lo abandonaría aunque caminara en el valle de sombra de muerte. Por eso, no temería mal alguno en el valle de sombra de muerte. Jesús les enseñó a sus discípulos a orar, “Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal,” Mateo 6:13. Es malo si pecamos en medio de la tentación. Necesitamos tener a Jesús con nosotros para guardarnos del pecar. Jesús no pecó cuando fue tentado en carne en el mundo. Él es nuestro Pastor. Si confiamos en Él, nos dará la gracia para perseverar en la tentación tal como lo hizo Él, y de esta forma aprenderemos la obediencia tal como Él la aprendió. Jesús, “en los días de su carne, habiendo ofrecido oraciones y súplicas con gran clamor y lágrimas al que podía librarle de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente,” Heb. 5:7. Tal temor reverente nos guardará del mal mientras padecemos las tentaciones.

La mayoría de las personas están de acuerdo de que necesitamos a Dios cuando estamos a punto de morir. La mayoría de las personas están de acuerdo de que necesitamos a Dios cuando sufrimos una gran pérdida en nuestras vidas. Pero, ¿lo necesitamos en las pruebas pequeñas y las tentaciones insignificantes? Si confiamos en nuestra propia habilidad, no podemos perseverar como Cristo ni vencer como Cristo, sea la tentación pequeña o grande. ¡Véase cuán grande es nuestra necesidad por nuestro Pastor a toda hora! A menos que seamos guiados y consolados por la vara y el cayado de nuestro Pastor, temeremos el mal cuando encontramos tentaciones. Guiados y consolados por la vara y el cayado de nuestro Pastor, le seguimos a Él en sus pasos, y somos guardados del pecado y de la muerte.

Los tres jóvenes hebreos fueron echados al horno de fuego ardiente, pero sin ser lastimados. ¿Por qué? Uno como el Hijo de Dios caminaba con ellos. ¡Cuán grande es nuestra necesidad por una relación personal con el Crucificado cuando nos encontramos en medio de tentaciones ardientes! El apóstol Pablo en su vejez escribió, “En mi primera defensa nadie estuvo a mi lado, sino que todos me abandonaron.... Pero el Señor estuvo conmigo y me fortaleció.... El Señor me libraré de toda obra mala,” 2 Tim. 4:16-18. Todos los hombres abandonaron a Pablo, pero el Señor estuvo con él y lo fortaleció.

Nuestro Señor dijo, “separados de Mí nada podéis hacer” (Juan 15:5), y Pablo dijo, “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece,” Fil. 4:13. Qué bendición es creer estas escrituras. Confesemos en fe: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.”

Los consuelos de Dios

Cuando el pesar nos sobrecoge, es una llamada del Señor para buscar nuestro consuelo en Él, y a Dios le agrada cuando acudimos a Él en busca del consuelo. La esposa y los amigos de Job no fueron ningún consuelo para él, pero Job esperaba en Dios. Dios lo consoló

como ningún otro podía. Nuestro Dios es el "Dios de toda consolación," 2 Cor. 1:3. Cuando Jesús en agonía oró la noche antes de su crucifixión, llamó al Padre "Abba" (nombre informal usado por niños en arameo), buscando la consolación que solamente el Padre podía darle. Los discípulos no pudieron vigilar con Jesús, pero el Padre le envió un ángel para fortalecerlo. Si le ofrecemos nuestros pesares al Señor con la confianza de un niño, el Señor nos consuela. Es imposible que Dios nos falle.

"Bienaventurados los que lloran, pues ellos serán consolados," dijo nuestro Señor, Mateo 5:4. ¿En qué consiste esta bendición? Los consuelos del Señor son la bendición. Los consuelos del Señor son nuestra relación íntima con Él. Esta ha de ser la experiencia de todos los hijos de Dios. Un niño aquejado corre a su mamá y su mamá acude al niño. El Señor nos consuela y acude a nosotros: "No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros" (Juan 14:18), dijo. Dios nos consuela como una madre, Isa. 66:13. Tal consolación del Señor, y tal relación con Él, son preciosísimas.

Los últimos días se acercan, y debemos anticipar el comienzo de grandes pesares como nuestro Señor nos advirtió, Mateo 24:8. El amor desaparece entre el pueblo de Dios, y las divisiones prevalecen, Mateo 24:10-12. Esto es causa de mucho pesar. El amor desaparece en las familias, separando a los esposos y hundiendo a hijos inocentes en un pesar duradero. La persecución contra los creyentes está aumentando, Mateo 24:9. Enfermedades mortales como el cáncer están afligiendo a millones de personas. Es extenso el sufrimiento causado por guerras, terremotos, y otros desastres naturales. Con respecto a los últimos días, el Señor también dijo que limitará nuestro sufrir por amor de los escogidos, Mateo 24:22.

La unción de Dios para los que lamentan. Dios tiene "aceite de alegría" para nuestra lamentación (Isa. 61:3); esto significa la unción de Dios para los que le ofrecen sus pesares a Él. Cuando los fieles hijos de Dios sufren una pérdida, el divorcio, o el rechazo, muchas veces no logramos ver la gloria que reposa en ellos. Una persona divorciada que sufre sola y permanece fiel está pagando un precio enorme para el cumplimiento de la verdad divina que Jesús enseñó. Esto da esperanza y fe a muchos otros. Es un recuerdo solemne para otros de la fidelidad en el matrimonio. Dios consuela a los que sufren conforme a su voluntad, y les otorga gran gloria. Les unge con "el aceite de alegría". Tal unción es un ministerio para otros.

El Señor Jesucristo—el Ungido de Dios—era "varón de dolores y experimentado en aflicción," Isa. 53:3. Está escrito que Dios lo sometió a padecer, Isa. 53:10. ¿Vemos la mano de Dios cuando sufrimos? Si lo hacemos, podemos ofrecerle nuestro dolor, y esto será precioso en su presencia.

La consolación viene del Espíritu, la palabra de Dios, y el amor de los hermanos en Cristo. El ministerio del Espíritu (el Consolador, Juan 14:14, 16, 26) incluye consolar. El espíritu de oración nos dirige a pedir la unción continua y fresca del Espíritu Santo. ¿No es verdad que necesitamos al Consolador cuando estamos desconsolados? ¿No estará con nosotros el Consolador cuando estamos sufriendo? De veras son bienaventurados los que lloran. La unción de Dios reposa en ellos.

La palabra de Dios también es nuestro consuelo en el pesar, Salmo 119; 50, 82, 92; Romanos 15:4. Cuando estamos afligidos, si abrimos la Palabra de Dios y leemos atentamente, recibimos consolación. El Espíritu nos abrirá las Escrituras para nuestro entendimiento. Muchas veces, la corrección y la consolación van juntas.

En cuanto al amor de los hermanos en Cristo, está escrito, "para que sean alentados sus corazones, y unidos en amor, *alcancen* todas las riquezas que proceden de una plena seguridad de comprensión, resultando en un verdadero conocimiento del misterio de Dios, es decir, de Cristo," Col. 2:2. Favor de leer Fil. 2:1 en que Pablo habla del "consuelo de amor."

La oración y el pesar. La oración nos guarda del pesar o nos apoya en el pesar. En 1 Crón. 4:10 leemos la oración de Jabes ("el que causa dolor" porque su madre lo dio a luz con dolor): "¡Oh, si en verdad me bendijeras,...me guardarás del mal para que no me causara dolor! Y Dios le concedió lo que pidió." Tal oración nos guardará de pesares que causan o son causadas por el mal. El Señor Jesucristo se dedicó a la oración más intensa cuando estaba en la agonía, y un ángel vino para fortalecerlo, Lucas 22:43. Cuando estamos afligidos, acudamos de prisa al lugar de oración, Santiago 5:13. Dios es nuestra consolación. Amén.

Agradeciéndole a Dios en el dolor

Nos acordamos más fácilmente de los dolores que de los beneficios, sea por medio de personas o por medio de la mano de Dios. Dios llena nuestros días con bendiciones, pero solemos estar decepcionados cuando algunas cosas pequeñas nos aquejan. Comprendemos que debemos dar gracias por los beneficios. ¿Cómo podemos comprender que debemos dar gracias cuando algo nos causa dolor?

Imagínese que sufro alguna pérdida, y doy gracias, creyendo que el Señor tiene una bendición para mí en medio de esta pérdida. Es una afirmación bendita la que está escrita en Romanos 8:28: "Y sabemos que para los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien, esto es, para los que son llamados conforme a su propósito." Esta es una afirmación bendita de que amo a Dios. Esta es una afirmación bendita que Dios es fidedigno, es fiel, y su Palabra se mantiene firme. He experimentado que muchas veces siento un alivio inmediato y un sentido de gozo cuando doy gracias en la hora de dolor. ¿No es un acto de fe más grande el darle gracias a Dios por los pesares que por los beneficios? Claro que lo es; y por lo tanto a Dios le agrada muchísimo. ¿No es éste el secreto de regocijarse en medio de las pruebas?

Consideremos las siguientes situaciones: (1) Hemos orado sinceramente, pero nuestra oración no produjo la respuesta que deseábamos. Entonces, debemos detenemos y orar: "Señor, te doy gracias, te amo, sé que eres fiel siempre." (2) Uno de nuestros seres amados y confiados nos falla y nos lastima. Otra vez, vamos a detenemos y orar: "Señor, te doy gracias. Te amo, sé que eres siempre fiel. Por favor, bendice a esta persona que me ha fallado y me ha lastimado." A veces debido a las personas o a las circunstancias, tenemos oportunidades para darle gracias a Dios en medio de los dolores. Si nos

aprovechamos de estas oportunidades, cuán gran cosecha de beneficios será guardada para nosotros por Dios quien no puede ser infiel.

Leemos en Job 1:20-21 como Job “adoró” y “bendijo” a Dios cuando lo perdió todo. Aun después de sufrir mucho, oró por sus amigos quienes afirmaban que él sufría por haber pecado. Cuando Job oró por sus amigos, Dios sanó a Job y le restauró dos veces la cantidad de bienes que había tenido antes, Job 42:10. ¿Cómo podemos aplicar este principio en el Nuevo Pacto? Nuestras riquezas verdaderas son espirituales. Avanzamos mucho en la gracia y los frutos del Espíritu (las virtudes de Cristo) cuando adoramos y bendecimos a Dios en la adversidad y oramos por los que nos juzgan injustamente en nuestro sufrimiento. Podemos decir que probamos la bondad de Dios en una medida doble. Esta visión nos lleva a un nivel superior en nuestro andar por fe. Y tanto como avanzamos en nuestra vida de fe, de esta medida también aumentarán o intensificarán nuestras pruebas, pero el Señor nos dará ratos de alivio.

¿Cómo es que todas las cosas cooperan para el bien? La respuesta nos viene en el próximo versículo—Romanos 8:29: Somos predestinados “a ser hechos conforme a la imagen de su Hijo.” Medite sobre la prueba que usted aguanta o el dolor que siente y pregúntese: “¿Cómo me ayuda esto a ser conformado a la imagen del Hijo de Dios?” Tal meditación le dará la fe para dar gracias cuando usted sufre. Jesucristo es el primogénito entre muchos hermanos, y nosotros hermanos suyos somos; llevamos su imagen y somos transformados a su imagen mientras experimentamos pruebas y damos gracias.

Job, quien adoró y bendijo a Dios cuando sus pruebas comenzaron, lo vio con sus propios ojos al final de su sufrimiento, Job 42:5. Cuando veremos a Dios, seremos como Él, como leemos en 1 Juan 3:2.

Nuestro Señor dio gracias. En la víspera de su crucifixión, nuestro Señor tomó la copa y “después de haber dado gracias, dijo: ...Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que es derramada por vosotros,” Lucas 22:17, 20. Fíjese en lo que estaba en el corazón del Señor cuando dio gracias. Mientras esperaba su sufrimiento, dio gracias. A veces ocurre que anticipamos la llegada de una prueba; entonces, demos gracias. Esto nos conducirá a un nivel más alto de fe que necesitaremos para perseverar en la prueba.

¿Cómo es posible esto? El espíritu de oración hace esto posible. Muchas cosas ocurren inesperadamente y nos hallan desprevenidos. A menos que permanezcamos en el espíritu de oración, y aprendamos a orar constantemente, seremos sorprendidos, vencidos, y no veremos la mano de Dios. Por lo tanto nuestra petición debe ser para la gracia para orar sin cesar y así ser salvados de caer en tentación. Fíjese que después de “orad sin cesar” sigue “dad gracias en todo” en 1 Tes. 5:17, 18. Aferrémonos a la Palabra de Dios. Amén.

Esperando en Dios

Mi madre (ahora con el Señor) solía recitar con frecuencia el Salmo 40:1-3 cuando daba testimonio en los cultos, y estos versículos se han quedado conmigo. “Al SEÑOR esperé pacientemente, y Él se inclinó a mí y oyó mi clamor. Me sacó del hoyo de la destrucción, del lodo cenagoso; asentó mis pies sobre una roca y afirmó mis pasos. Puso en mi boca un cántico nuevo, un canto de alabanza a nuestro Dios; muchos verán esto y temerán, y

confiarán en el SEÑOR.” Leemos aquí que el salmista esperó pacientemente al Señor. ¿Cuál era su condición mientras esperaba pacientemente para el Señor? Estaba en “el hoyo de la destrucción” y “el lodo cenagoso”. ¿Cómo podía esperar pacientemente mientras estaba en tales condiciones? ¡Porque creía en Aquel a quien esperaba! Dios lo sacó del hoyo de la destrucción. Dios lo sacó del lodo cenagoso. Dios asentó sus pies sobre una roca. Dios puso en su boca un cántico nuevo.

Mientras David se hundía en el lodo cenagoso, esperaba en Dios. ¡Mientras estaba parado en la roca, cantaba! Cuando nos hallamos en el lodo cenagoso, a veces somos tentados a desesperar. Está escrito de Jesús que cuando se vio en agonía en Getsemaní, “oraba con mucho fervor,” Lucas 22:44. Así nos dejó un modelo: orar con más fervor—sin desesperar—cuando estamos en tribulaciones y cuando padecemos. Esta sí es una gran gracia. ¿Nos hace falta esta gracia? Acudamos al trono de gracia donde nuestro Sumo Sacerdote—Jesucristo—está ministrando por nosotros. Cuando estemos afligidos, oremos, “Señor, quiero acercarme a Ti; ayúdame a orar con más fervor.”

“¿Sufre alguno entre vosotros? Que haga oración,” Santiago 5:13. El sufrir, por lo tanto, es una invitación a orar. La oración nos trae al lugar de gracia. Cuando Jesús estaba orando en agonía, los discípulos estaban “dormidos a causa de la tristeza,” Lucas 22:45. ¿No es esto nuestra inclinación natural? Cuán vigilantes necesitamos ser. Jesús acababa de avisarles a los discípulos, “Orad para que no entréis en tentación,” Lucas 22:40. Sin embargo, dormían. ¿Cuántas veces hemos ignorado la dirección del Espíritu? Debemos arrepentirnos y acercarnos al trono de gracia.

Las fuerzas renovadas vienen con esperar y guardar silencio: Los que sirven a Dios y a su pueblo muchas veces encuentran grandes tribulaciones y mucha debilidad. Les hace falta una renovación de sus fuerzas. Tal renovación viene mientras esperamos en Dios. Hace años escuché a una hermana en su silla de ruedas animar a una congregación grande de creyentes. Leyó de Isaías 40:29-31: “Él da fuerzas al fatigado, y al que no tiene fuerzas, aumenta el vigor.... los que esperan en el SEÑOR renovarán sus fuerzas; se remontarán con alas como las águilas...” Las fuerzas renovadas vienen de Dios mientras lo esperamos a Él, para que podamos remontar con alas como las águilas sin cansarnos. Las fuerzas que Dios nos da no se pueden obtener de cualquier otro modo aparte de esperar en Él.

Considere el versículo que sigue, Isa. 41:1: “Guardad silencio ante mí, costas, y renueven sus fuerzas los pueblos.” Así aprendemos: nuestras fuerzas son renovadas al esperar en Dios, esperando en silencio. El guardar silencio ayuda a tranquilizar nuestro ser más íntimo mientras esperamos al Señor. Nuestras fuerzas son renovadas por la comunión con Dios.

Aprendiendo a esperar a Dios; levantando los ojos a Dios. Las palabras del profeta lo declaran claramente: “Pero yo pondré mis ojos en el SEÑOR, esperaré en el Dios de mi salvación; mi Dios me oirá,” Miqueas 7:7. Mientras oraba esto, Miqueas se encontraba aquejado, lo cual se nota en los versículos anteriores y posteriores a éste. ¿Cómo aprendemos a esperar en Dios? Simplemente por levantar la mirada hacia Él. Ponga sus ojos en Él y diga: “Señor, te espero a ti. Espero escuchar tu voz.” Así aprenderemos a esperar en Dios, especialmente cuando estamos aquejados.

Nuestro misericordioso Sumo Sacerdote no nos decepcionará. Le es imposible no ser misericordioso. Es siempre misericordioso. Podemos acercarnos a Él con confianza. Tome unos cuantos minutos para buscar su rostro en toda humildad. Dígale, "Señor, en ti espero. Enséñame a esperarte." Aprendemos fácilmente cuando el Señor mismo nos enseña. Aprendemos a descansar en su presencia. Aprendemos a disfrutar de una relación íntima con el Señor. Así nos damos cuenta más y más de nuestra necesidad de Él. Dios nos guía de tal manera que nuestra dependencia en Él aumenta tal como nuestra fe crece.

Dios obra por nosotros mientras esperamos en Él. El profeta dijo, "Desde la antigüedad no habían escuchado ni dado oídos, ni el ojo había visto a un Dios fuera de ti que obrara a favor del que esperaba en Él," Isaías 64:4. ¡Fíjese en la claridad y la fuerza de esta afirmación! ¿Estoy esperando en Dios? Mientras lo espero, Él está obrando por mí. En esto experimentamos la fe en el obrar, como Jesús mismo lo dijo en Juan 6:29. De veras la fe es una obra, la obra de Dios en nosotros y por nosotros mientras esperamos en Él. Amén.

"Os llevo en el corazón"

"Os llevo en el corazón," escribió Pablo a los santos en Filipos, Fil. 1:7. ¡Él escribía desde una prisión y llevaba a los santos en el corazón! "Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros, orando siempre con gozo en cada una de mis oraciones por todos vosotros...", escribió mientras padecía en la prisión. De tal corazón surge la gratitud por otros, oraciones por otros, y fe por otros, Fil. 1:3,4, 6. Así somos participantes de la gracia unos con otros, Fil. 1:7.

He aquí cuánto anhelaba Pablo estar con los santos en Filipos: "Porque Dios me es testigo de cuánto os añoro a todos con el entrañable amor de Cristo Jesús," Fil. 1:8. Este es el entrañable amor de Jesucristo, llenando completamente nuestro corazón y rebosando como una añoranza para los santos. Dios le dio a Pablo tal corazón. Podemos confiar que Dios nos dará tal corazón, tal amor de Jesucristo, tal añoranza hacia los santos. Aunque Pablo se encontraba en la prisión, estaba orando por los santos y escribiéndoles una carta para animarlos. Esta carta ha sido leída por los santos a través de los siglos y millones han recibido aliento de ella. Tal es el poder de un corazón que lleva a los santos en amor y en la oración. El ministerio verdadero brota de tal corazón.

"Cuando miro adentro, en mi corazón, allí estás tú," escribió alguien a un amigo íntimo. En la Iglesia nos llevamos unos a otros en nuestro corazón. Esta es la manifestación del Cuerpo de Cristo, y es de gran precio. ¿Es de veras posible esto? Sí, de veras, es posible, si nuestro corazón es calentado por el amor entrañable de Jesucristo. Sí, de veras, es posible, si el Espíritu Santo llena nuestro corazón con el amor de Dios. Y por esto podemos orar y confiar en Dios. A Dios le encanta darnos su amor, porque es Amor, y es parte de su carácter impartir su amor. "¡O Padre! Llena nuestro corazón con el amor entrañable de Jesucristo. ¡O Padre! Llena nuestro corazón con tu amor."

Si por la gracia rebosa en nosotros tal amor, nos hacemos objetos de valor para los otros miembros del Cuerpo de Cristo. Le damos gracias a Dios cuando nos acordamos unos de otros al pasar por nuestra vida cotidiana. Nuestros pensamientos y oraciones son pensamientos y oraciones de fe, y suben hacia Dios. Nuestras palabras bendicen y edifican a otros, no los condenan ni destrozan. Dios causará que nuestro rostro

brille para la consolación y el aliento de otros. Otros verán que nuestro corazón está dispuesto para acogerlos. Por esto, acogemos a otros como Cristo nos ha acogido a nosotros.

En la Iglesia nuestro corazón es alentado, y somos unidos en el amor, Col. 2:2. En la Iglesia edificamos con el amor de Dios y la Palabra de Dios por el Espíritu de Dios, y por lo tanto somos la morada de Dios, Efesios 2:22. Todo proviene de Dios y nada del hombre. Amén.

“He aquí, yo vengo pronto”

Tres veces en el último capítulo de la Biblia, Jesús dice, “He aquí, yo vengo pronto,” (Apoc. 22:7, 12, 20)—con la última vez diciendo, “Sí, vengo pronto.”

En estos días vemos la proliferación de la oscuridad. El pecado abunda y se celebra. Los cristos falsos y los profetas falsos surgen en sectas por todas partes del mundo. Cuando nuestro Señor enseñó sobre los últimos días, decía, “Mas velad en todo tiempo, orando...,” Lucas 21:36. ¿No es éste el testimonio en nuestro corazón? Dios nos ha dado oídos que oyen. Regocijémonos que Dios nos haya llamado a velar y orar en estos últimos días. Tomemos de esta manera la decisión de velar y orar.

¿Qué significa “velar”? Con respecto a nuestra preparación para su venida, nuestro Señor dijo: “Estad alerta [constantemente], velad; porque no sabéis cuándo es el tiempo señalado... Por tanto, velad [prestad atención rigurosa, sed precavidos, activos, estad alerta]... a todos lo digo: [prestad atención rigurosa, sed precavidos, activos, estad alerta y] ¡velad!,” Marcos 13:33-37 (las frases en corchetes se incluyen en la Biblia Amplificada en inglés). Según el Diccionario Expositivo de Vine, “velad” aquí significa, “no solamente estar despierto, sino vigilar como alguien firme en su intento”.

Es esencial mantener una actitud constante de vigilancia para poder seguir en la oración, y así poder vencer las tentaciones. En toda hora y en cualquier situación necesitamos esperar en Dios y la dirección del Espíritu para que las inclinaciones de la carne no desvíen nuestros pensamientos. Ya sabemos por la experiencia cuán fácil es que nuestros pensamientos desvíen de lo correcto. ¡Cuán preciosos son aquellos momentos cuando estamos alertas y nuestro corazón vive ocupado con Dios! ¡Esto es puro gozo aun en medio de las tribulaciones! Cuando estamos ligados a la dirección del Espíritu, estamos realmente libres; y podemos confesar fielmente: “Con Cristo he sido crucificado,” Gál. 2:20. Los deseos de la carne están clavados en la cruz; nuestros pensamientos están ligados en la dirección del Espíritu. Realmente estamos librados del pecado, y somos siervos de Dios, Rom. 6:22.

En este estado de vigilancia el Espíritu Santo nos ayuda a orar, Rom. 8:26; Efesios 6:18; Judas 20. Como está escrito, “La oración eficaz [sincera y constante] del justo puede lograr mucho [libera un gran poder, dinámico en su ejercicio],” Santiago 5:16 (las frases en corchetes se incluyen en la Biblia Amplificada en inglés). El Espíritu nos llama. Hagámosle caso y seamos obedientes, y animémonos unos a otros a hacer lo mismo.

Ofreciéndonos a Dios

El momento actual es precioso. Cada mañana cuando nos despertamos, debemos percatarnos de que miles han fallecido y dejado esta vida la noche anterior. ¿Qué haremos con este día, con este momento actual en que Dios nos ha permitido vivir? El momento actual es nuestro por la gracia de Dios, y es precioso. ¿No debemos ofrecerlo en ofrenda al Dador, con acción de gracias? Oremos, "O Señor, te ofrezco este momento precioso a ti." Este momento precioso nos pertenece por la gracia de Dios, y nosotros pertenecemos a Dios. Al ofrecer el momento actual a Dios, nos lo ofrecemos a nosotros mismos. Cuando conscientemente hacemos ofrenda a Dios en el momento actual, sentimos un puro gozo, y nos acercamos a Dios. Alabado sea Dios. Nuestro tiempo de veras es nuestra vida. Cuando conscientemente le hacemos ofrenda de nuestro tiempo a Dios, sentimos la dirección de Dios en los asuntos de la vida cotidiana. Cuando estimamos nuestro tiempo para con Dios, Él nos da sabiduría para aprovechar nuestro tiempo para su gloria.

El Señor Jesús tuvo una vida muy corta en la tierra—treinta y tres años y medio. Por eso, ideaba haber sido muy prudente en el uso de su tiempo! Por la fe hemos recibido la mente de Cristo. Por la fe hemos recibido el Espíritu de Cristo. Por la fe ahora venimos al lugar de ofrecernos a nosotros mismos—en el momento actual, con todo nuestro corazón—para amar al Señor, alabarlo, adorarlo, y cumplir su voluntad guiados por el Espíritu. Esto nos guarda de la pereza, y nos trae al corazón una medida del ahínco que estaba en el corazón del Señor Jesús.

¿Le gustaría a usted invertir su tiempo para la eternidad? Pídale al Señor Jesús que le dé un anhelo de orar sin cesar. El Señor le dará el anhelo, el Señor le dará la gracia, y usted verá un cambio en sus inclinaciones. El Espíritu de Dios le dará un amor para la presencia de Dios y para la oración. Mientras empezamos a experimentar esto, también experimentamos el gozo de estar en la voluntad de Dios y ser guiados por el Espíritu. Recibiremos bendición tras bendición si consideramos nuestra primera prioridad orar por otros: que los pecadores sean salvos, que los enfermos sean sanados, que los santos sean preservados, y que en todo el nombre del Señor sea glorificado.

Cuando nos dedicamos a la oración recibiremos una medida cada vez más grande del Espíritu Santo. No sabemos cómo debemos orar, pero el Espíritu sí sabe, Rom. 8:26. Así como anhelamos orar el Espíritu Santo nos ayuda a orar. Esto sí es una bendición. Cuando Job oró por sus amigos, el Señor le devolvió a Job sus bienes; y más que eso, "El SEÑOR bendijo los últimos días de Job más que los primeros," Job 42:12. Los amigos de Job lo habían culpado cuando sufría, pero él oró por ellos. Cuando oramos como oró Job, el Señor nos da una porción doble de la bendición, Job 42:10. Oremos por otros y no los condenemos. Somos bendecidos, y llamados a ser una bendición.

Tenemos nuestras tareas diarias, pero podemos pedirle al Señor que traiga más cerca de Él nuestro corazón mientras trabajamos y mientras mantenemos un espíritu de oración. Así aprenderemos a ofrecernos a nosotros mismos y nuestro tiempo a Dios y a estar en una relación constante con Él. Esto nos prepara para perseverar en las pruebas y nos guarda de ser atrapados por el tentador. Experimentamos el sufrimiento y estamos agradecidos por el privilegio. Adoramos y alabamos a Dios.

Pablo nos ruega que “presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo y santo, aceptable a Dios, que es vuestro culto racional,” Rom. 12:1. El Señor Jesucristo ofreció su cuerpo para cumplir la voluntad del Padre, Heb. 10:4-9. Jesús se ofreció por el Espíritu eterno, y el Espíritu nos ayuda a ofrecernos a nosotros mismos. Él fue guiado por el Espíritu en la vía del sacrificio por amor de nosotros. El mismo Espíritu ahora nos guía en la vía del sacrificio. La persona guiada por sus propios pensamientos puede señalar varias cosas “de sacrificio” que puede hacer, pero nosotros deseamos seguir la dirección del Espíritu a la verdadera “copa” que el Padre nos ha preparado, Juan 18:11. Este privilegio lo tenemos en Cristo porque somos unidos con Él en la cruz, somos crucificados con Él. Mientras agonizaba clavado en la cruz, nuestro Señor oró por los que lo habían clavado allí. Oremos para que tengamos la gracia para conocerlo, y compartir con Él en su sufrimiento. Amén.

Corriendo la carrera con los ojos puestos en Cristo

Despojémonos de “todo peso,” Heb. 12:1.

Despojémonos del “pecado que tan fácilmente nos envuelve,” Heb. 12:1.

Muchas veces nos enfocamos en vencer al pecado pero sin reconocer la necesidad de despojarnos de “todo peso.” Sin embargo la primerísima cosa que Jesús nos ofrece cuando acudimos a Él es el descanso de nuestras cargas pesadas, sean las culpas pasadas o las preocupaciones diarias, Mateo 11:28-29. Sin recibir este descanso, ¿cómo podemos esperar despojarnos del pecado que tan fácilmente nos envuelve? Hasta que echemos toda nuestra ansiedad en el Señor, puede ser que ni podamos ver el pecado que fácilmente nos envuelve. A menos que veamos el pecado, ¿cómo podemos despojarnos de él?

Despojarnos de cada peso, entonces, es lo más importante si deseamos correr la carrera delante de nosotros. Oremos que Dios nos dé la gracia para ver esto claramente y acudir a Jesús constantemente para echar en Él cada ansiedad y cada peso para que seamos librados para tomar el próximo paso: despojarnos del pecado que tan fácilmente nos envuelve. Entonces—y solamente entonces—podemos correr con paciencia. ¿Por qué con paciencia? Porque habrá sufrimiento en el camino.

Oremos: “Señor, ¿de veras he visto la carrera delante de mí? Señor, ¿he visto el gozo puesto delante de mí? Señor, permíteme verlos. Señor, levanto mis ojos a ti. Señor, echo en ti toda mi ansiedad, cada preocupación, cada vez que las veo estorbando mi camino. Ayúdame a hacer esto como un acto de fe consciente con cada preocupación. Señor, ayúdame a recordar que vivo bajo Tu protección. Ayúdame a correr esta carrera con paciencia, mirándote a ti. Tú, Señor, eres el gozo puesto delante de mí. Ayúdame a ver esto claramente por los ojos de fe.”

Considerando (mirando) a Jesús: ¿Cuál era la carrera puesta delante de nuestro Señor? El camino de la cruz. Él “soportó la cruz, menospreciando la vergüenza.” Se nos ruega considerar “a aquel que soportó tal hostilidad de los pecadores contra sí mismo, para que no os canséis ni os desaniméis en vuestro corazón,” Heb. 12:3. Fíjese en la ayuda que tenemos en este versículo: nos cansamos—nos encontramos bajo el peso que nos

estorba—si no seguimos considerando a Jesús cuando sufrimos. Si seguimos considerando a Jesús, si seguimos acudiendo a Él, si seguimos echando nuestras preocupaciones en Él, no nos cansaremos. Si deseamos correr esta carrera con paciencia, no podemos permitirnos cansarnos. Este, por lo tanto, es nuestro amparo: considere a Jesús cuando usted está sufriendo una prueba; siga mirándolo a Él; siga echando su ansiedad sobre Él. Él le sostendrá y le ayudará a seguir adelante. Meditemos en Jesús cuando sufrimos tentaciones y tribulaciones.

Jesús empleó la Palabra de Dios para vencer al tentador. Se lee de las tentaciones de Jesús (Mateo 4; Lucas 4) después de su bautismo en agua y después de que el Espíritu Santo descendió y reposó en Él. Ayunaba cuando fue tentado. Podemos anticipar tentaciones cuando intentamos acercarnos a Dios y vivir en el poder del Espíritu. Jesús respondió al tentador con la Palabra de Dios, no con su propio razonamiento. El Espíritu Santo nos trae la Palabra de Dios a nuestra memoria para que podamos responder al tentador. Para hacer esto, tenemos que guardar la Palabra de Dios en nuestro corazón, Salmo 119:11. Esta es la manera sencilla pero segura que Dios nos da para ayudarnos a siempre vencer.

Jesús sufrió al ser tentado; aprendió la obediencia por el sufrimiento: Jesús fue tentado como nosotros, pero no pecó como nosotros (Heb. 4:15), aunque su carne (naturaleza humana) era como la nuestra, Heb. 2:14-18. Al resistir al tentador sin rendirse, sufría en la carne (negándose a sí mismo). Con respecto a esto está escrito: "Pues por cuanto Él mismo fue tentado en el sufrimiento, es poderoso para socorrer a los que son tentados," Heb. 2:18. En la Biblia Amplificada en inglés se incluyen estas ideas: "Pues por cuanto Él mismo [en su humanidad] ha sufrido siendo tentado [probado y provocado], es poderoso [inmediatamente] para arrimarse al grito de [ayudar, aliviar a] los que están en medio de la tentación, la prueba, la provocación [y los que por lo tanto están expuestos al sufrimiento]." Tal es el socorro que tenemos en nuestro Señor Jesucristo.

He aquí otro pasaje que enfatiza esta gran verdad: "y aunque era Hijo, aprendió obediencia por lo que padeció; y habiendo sido hecho perfecto, vino a ser fuente de eterna salvación para todos los que le obedecen," Heb. 4:8-9. Si Jesús aprendió la obediencia por padecer, así lo aprenderemos nosotros; y por tanto Él es el autor de la eterna salvación. Recordémonos de Él cuando sufrimos Heb. 12:3. Mientras sufrimos, sentimos la necesidad de orar con fervor (Heb. 5:7); mientras perseveramos, aprendemos la obediencia (Heb. 5:8); y mientras aprendemos la obediencia, estamos en el camino de la perfección, Heb. 5:9.

Jesús se encomendó a Dios: El Señor Jesús, "...cuando le ultrajaban, no respondía ultrajando; cuando padecía, no amenazaba, sino que se encomendaba a aquel que juzga con justicia," 1 Pedro 2:23. En el momento de su muerte, dijo, "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu," Lucas 23:46. Este es el camino de la cruz en que corremos la carrera, mirando a Jesús, quien es el autor y el consumidor de nuestra fe. ¿Estamos sufriendo? Encomendemos nuestra alma a Dios, 1 Pedro 4:19.

La fe también obra

¿Tiene que obrar la fe? ¿O es simplemente el asentamiento mental? Le preguntaron a Jesús, "¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?" El Señor contestó: "Esta es la obra de Dios: que creáis en Él que Él ha enviado," Juan 6:29. La fe sí es, entonces, una obra: la obra de Dios.

Las escrituras sí afirman: "Porque por gracia habéis sido salvados por medio de la fe, y esto no de vosotros, sino que es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe," Efesios 2:8-9. Hay que notar que cualquier obra de que nos jactamos es una obra del hombre, no la obra de Dios. Pero la fe en Jesucristo es "la obra de Dios."

Cuando creemos, la obra de Dios se efectúa en nuestro corazón. La fe es el fundamento de la vida justa. "El justo por su fe vivirá," Hab. 2:4. La fe, por lo tanto, tiene que ver con el vivir, con la vida. ¿Cómo se ejemplifica esta verdad en la vida diaria? Siempre estamos ocupados con pensamientos, necesidades, problemas, inquietudes, preocupaciones, esperanzas, desengaños, dolores, y placeres. Si hay una preocupación, podemos orar: "Señor, confío en ti por esta preocupación; te alabo por tu cuidado; Tú me cuidas, Señor." Cuando oramos así, una obra se efectúa en nuestro corazón, y es la obra de Dios. Aun antes de que veamos la obra de Dios con respecto a nuestra preocupación, experimentamos la obra de Dios dentro de nosotros. La obra de Dios dentro de nosotros nos trae al reposo de Dios. Dios es glorificado.

Por otra parte, si estamos ocupados nosotros mismos con alguna preocupación, pronto nos hundimos en el barro de la falta de fe, y nuestros pensamientos se vuelven pecaminosos porque no se basan en la fe. Perdemos nuestro reposo en Dios. En ese caso debemos buscar el refugio y la misericordia de Dios.

¿Qué tal si estamos disfrutando del gozo o del placer? Digamos que tenemos éxito en nuestro negocio o ministerio. Podemos orar: "Señor, te ofrezco a ti este gozo; te alabo por tu fidelidad; te doy a Ti toda la gloria." Cuando oramos así, una obra se efectúa en nuestro corazón, y es la obra de Dios. Dios es glorificado.

Por otra parte, si estamos ocupados nosotros mismos con el gozo o el placer, pronto nos hundimos en el barro de los placeres carnales, y nuestros pensamientos se vuelven pecaminosos porque no se basan en la fe. Perdemos nuestro reposo en Dios. En ese caso debemos buscar refugio y la misericordia de Dios.

Sea en el placer o el dolor, la fe es el aliento de la vida para nosotros. No hay otra manera de estar en comunión personal y vital con Dios. ¡Cuán grande, pues, es el misterio de la fe! El misterio es grande, pero la experiencia es sencilla: tan sencilla como la respiración que mantiene nuestra vida física. Experimentamos esto mientras oramos, especialmente mientras confesamos la Palabra de Dios en oración. Si no podemos respirar, nos ponemos agitados; así es también en nuestra relación con Dios. Respiramos la vida de Dios—el Espíritu de Dios—mientras oramos. Respiramos la vida de Dios—el Espíritu de Dios—mientras meditamos humildemente en la Palabra de Dios y confesamos la Palabra de Dios en oración.

¿Cuál es la disciplina que pone en práctica tal vida? Sencillamente es esto: amar la Palabra de Dios, meditar constantemente en la Palabra de Dios, y orar con la Palabra de Dios frecuentemente. Estas disciplinas nos traen a la luz, porque así vemos nuestro pecado constantemente, y recibimos la gracia a toda hora para el arrepentimiento y la corrección. Es como manejar un carro por la noche con los faros prendidos y la corrección constante del volante por parte del conductor. Sin corregir constantemente el volante, el carro se desviará del camino aun si el camino es recto. Tal como el carro se inclina a desviarse y por lo tanto necesita la corrección continua, así nuestra carne (el pecado que mora dentro de nuestra naturaleza) tiene la inclinación a desviarse del camino estrecho y nos hace falta la corrección continua del Espíritu quien nos guía en toda la verdad, Juan 16:13. El Espíritu Santo se llama el Paracletos—el que ayuda de cerca—y es quien nos ampara. Que siempre nos humillemos y recibamos su ayuda.

Mientras meditamos en la Palabra de Dios y creemos, recibimos más y más del Espíritu de Dios. Esta es la fuente del gozo y del poder. Una vez que nos acostumbramos y nos conformamos a esto, lo sentimos si lo perdemos por desviarnos. Sentimos la llamada del Espíritu y nos apresuramos para volver al lugar de reposo y oración. Con paso seguro crecemos en la vida de dependencia en Dios aun para las cosas ordinarias de la vida, para que podamos aprender a agradarle a Él aun en las cosas pequeñas que hacemos, las cosas insignificantes de que hablamos, y los pensamientos casuales que pensamos. En esta esperanza el Espíritu nos lleva, y vemos la obra de Dios en nosotros.

Nuestras tareas diarias: Tenemos mucho que hacer, y muchas veces estamos cargados con cumplir con nuestros deberes. Esta oración ha sido provechosa para mí: “Señor, tengo estas cosas que hacer, y es importante que las haga. Pero lo que es más importante para mí es simplemente que te agrade a Ti mientras las hago, sea o no sea que las cumpla como deseo. Sostenme, O Señor, por tu gracia para que pueda hacer estas tareas como para Ti, y no solamente por la satisfacción de haberlas cumplido. Que mi corazón se centre en agradarte a Ti, mientras mis manos están ocupadas con estas tareas.” Muchas veces le pido al Señor que haga mis tareas fáciles, especialmente cuando tengo que hacer cosas difíciles. El Señor es el que ayuda de cerca. Pidámosle ayuda con humildad y por fe. Amén.

Oremos como Jesús oró

Hemos recibido el Espíritu del Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo. Meditemos en unos ejemplos que se encuentran en las Escrituras de cuando Jesús oró. Primero es el ejemplo de cuando fue bautizado por Juan. Está escrito: “Y aconteció que... Jesús también fue bautizado: y mientras Él oraba, el cielo se abrió, y el Espíritu Santo descendió sobre Él en forma corporal, como una paloma, y vino una voz del cielo, que decía: Tú eres mi Hijo amado, en ti me he complacido,” Lucas 2:21-22. Fíjese que Jesús oraba mientras salía del agua, el Espíritu descendió en Él, y la voz vino del cielo. Recordemos a Jesús cuando oramos y anticipemos que el Espíritu venga a nosotros. Anticipemos también escuchar un testimonio en nuestro corazón de que Dios está complacido en nosotros. Este deseo y la fe en oración nos llevan a la esfera de gran anticipación y nos trae hacia Dios. Si algo estorba que el Espíritu mane en nosotros, Dios nos lo indicará. Si hay algo en nosotros que no le agrade a Dios, nos lo mostrará. Dios desea tener una relación con nosotros y nada lo detendrá sino nuestro pecado. Oremos anticipando recibir una nueva unción. Oremos anticipando escuchar el susurro que nos dice que Dios está complacido en nosotros.

¿No nos hace falta recibir una nueva unción al comenzar cada nuevo día? De otro modo vivimos en nuestras propias fuerzas, y Dios no es glorificado. "He sido ungido con aceite fresco," dijo el salmista, Salmo 92:10. Los versículos anteriores y posteriores a éste muestran el contexto: el salmista se enfrentaba con sus enemigos. Vemos la misma experiencia en Salmo 23:5. Vamos a desmayarnos en las tentaciones y las pruebas de la vida diaria a menos que busquemos una unción fresca del Señor cada día. Pronto después de que Jesús fue ungido, el Espíritu Santo lo guió al lugar de tentación, Mateo 4:1. Leemos en Efesios 5:18, "[siempre] sed llenos [y estimulados] por el Espíritu [Santo]" (las palabras en corchetes se incluyen en la Amplified Bible en inglés.) Muchos de nuestros fracasos pueden atribuirse a esta razón en particular: omitimos buscar una nueva unción del Señor diariamente; en realidad, no solamente una vez cada día, sino varias veces. La unción es para los hijos de Dios, tal como lo fue para el Hijo de Dios. Nosotros, como hijos, debemos pedírsela. Es nuestro derecho de patrimonio pedírsela. Nuestro Señor dijo: "Pues si vosotros siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?" Lucas 11:13. Aprendamos a pedir la buena dádiva del Espíritu y pedir a menudo, para que podamos ser llenos a una plenitud cada vez más completa.

En otra ocasión Jesús oró: "...Jesús tomó consigo a Pedro, a Juan y a Jacobo, y subió al monte a orar. Mientras oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra y su ropa se hizo blanca y resplandeciente," Lucas 9:28-29. Fíjese en lo que pasó cuando Jesús oró. Fue transfigurado y brillaba con la gloria de Dios. Recordemos a Jesús cuando oramos y anticipemos que la gloria de Dios sea revelada en estos los nuestros vasos de barro. La cara de Moisés brillaba con la gloria de Dios cuando descendió del monte después de estar cuarenta días en la presencia de Dios. Mientras nos arrodillamos en oración, estrechemos las manos hacia Dios para recibir la gracia que nos transformará en la imagen de su Hijo. Si algo impide el cumplimiento de esta esperanza, Dios se apresurará para ayudarnos y corregirnos. Una vez más, este deseo y la fe en oración nos traerán a la esfera de gran anticipación, y nos traerá hacia Dios.

La Palabra de Dios (la Palabra escrita), como un espejo, nos muestra nuestra naturaleza pecaminosa. Mientras examinamos la Palabra de Dios, vemos nuestra condición miserable, y nuestro rostro deformado por el pecado. Pero la Palabra de Dios también nos muestra la gloria de Jesucristo. Cuando examinamos al Señor Jesucristo (la Palabra viviente), y oramos, el Espíritu desciende sobre nosotros y vemos a Cristo en nosotros, y nosotros en Él. Somos transformados a la imagen suya, y vemos su gloria. De esta experiencia leemos: "Pero nosotros todos, con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria de Señor, estamos siendo transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Señor, el Espíritu," 2 Cor. 3:18. Experimentamos una transformación mientras contemplamos al Señor, oramos y somos llenados por el Espíritu. Aprendamos a orar como Jesús oró, la oración que nos transforma.

En medio del trabajo más ocupado, Jesús buscó un lugar aislado para orar. "Levantándose muy de mañana, cuando todavía estaba oscuro, salió y se fue a un lugar solitario y allí oraba," Marcos 1:35. Esto fue después de un día ocupado con el ministerio de sanar, y antes de ir al próximo pueblo para predicar. Necesitaba estar con gente, y le encantaba la gente. Pero también le hacía falta estar a solas con el Padre. Lo vemos así mientras oraba agonizando en el Jardín. "Y se apartó de ellos como a un tiro de piedra, y poniéndose de

rodillas, oraba," Lucas 22:41. En la hora de agonía más profunda, Jesús oró a solas. "Y estando en agonía, oraba con mucho fervor," Lucas 22:44. Muchas veces es difícil orar a solas cuando estamos apenados. Entonces debemos recordar a Jesús y recibir gracia. Recibiremos gracia de veras si oramos como Jesús oró: "Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya."

Cuando oramos como Jesús oró, en el Espíritu del Hijo, completamente sometidos a la voluntad de Dios, de hecho estamos orando en el nombre de Jesús. Es como si Cristo mismo estuviera orando en nosotros, por nosotros, para nuestro bien. Es una oración completamente para la gloria de Dios. Aun si parece que nuestros ruegos más intensos siguen sin contestarse, podemos todavía orar como el agonizante Hijo de Dios oró, "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu," Lucas 23:46. La resurrección seguirá tan ciertamente como la mañana sigue a la noche más oscura. Contra tal confesión y fe, el enemigo no tiene ningún poder. En Cristo y por Cristo, venceremos tal como Él venció. Amén.

¿Está complacido el Señor conmigo?

El deseo de complacer viene como fruto del amor. Cuando un hijo desea complacer a su padre, hay compañerismo, y los dos se regocijan. Cuando el esposo se dedica a complacer a su esposa y no a sí mismo, hay compañerismo y los dos se regocijan. Hay un sentido de realización y satisfacción al complacer a un ser querido. Así como ocurre en la familia, también ocurre en la Iglesia. Hemos de "...no agradarnos a nosotros mismos... Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en lo que es bueno para su edificación. Pues ni aun Cristo se agradó a sí mismo..." Rom. 15:1-3. No vivimos para agradarnos a nosotros mismos sino para agradar a otros, tal como lo hizo nuestro Señor en los días de su vida en la tierra.

Lo primero y lo principal, sin embargo, es que procuremos agradar a Dios constantemente. Aun nuestro deseo de agradar a otros debe ser dedicado a Dios, y todo debe surgir como fruto de nuestro amor para Dios. Entonces Dios está presente en todos nuestros pensamientos. Fácilmente nos desviamos, nuestros pensamientos se desvían, y fácilmente juzgamos mal a otros; nos ayudaría si reflexionáramos a menudo de esta manera: "O Señor, ¿estás complacido conmigo?" Cuando así oramos experimentamos la corrección del Espíritu junto con dirección en la forma de la santificación. Recibimos gracia para ver más de nuestro pecado y nos arrepentimos más frecuentemente. Tenemos una relación con Dios.

Una vez le preguntaron a Jesús acerca de lo que la gente debía hacer para agradar a Dios. "Esta es la obra de Dios," respondió el Señor, "que creáis en el que Él ha enviado," Juan 6:29. A Dios le complace cuando simplemente confiamos en Él y nos entregamos a Él. ¿Estamos padeciendo una prueba, una tentación, la incertidumbre, una pérdida, un dolor? Digamos, "Señor Jesús, confío en Ti, me entrego a Ti. Eres mi Salvador, ayúdame por favor, Señor." Mientras confiamos en Él, ciertamente el Señor está complacido; y por la fe recibimos la gracia para obedecer a Dios, Heb. 11:8. Experimentamos una relación más íntima con Dios.

Cuando tenemos conflictos con otras personas no basta el sentir que tenemos la razón; debemos preguntar: "Señor, ¿estás complacido conmigo?" ¿No nos contestará el Señor, mostrándonos su "voluntad buena, aceptable y perfecta"? Y debemos orar con frecuencia: "no se haga mi voluntad, sino que se haga Tu voluntad." Según deseamos agradar al Señor, aprendemos a confiar en Él constantemente, y sentimos el testimonio interior de que el Padre está complacido. Esto sí es vida y paz. Seguimos creyendo en Dios mientras caminamos en la senda de obediencia, de sufrimiento, y perfeccionamiento, Heb. 5:8,9.

Jesús recibió el testimonio del Padre: "Este es mi Hijo amado en quien me he complacido." Nuestro corazón anhela tener el mismo testimonio. Que Dios nos dé un deseo continuo e irresistible para agradarle a Él. ¿No es tal anhelo una característica de la novia de Cristo? ¿No es tal anhelo la obra verdadera de la gracia de Dios? "Señor, ¿estás complacido conmigo?" Cuando expreso esta oración con todo el corazón, puedo anticipar que el Señor me contestará continuamente. "Ven a mí," me ordena. Debo venir a Él constantemente. Él es mi salvación. Amén.

El desánimo

Se ha dicho que el arma más fuerte de Satanás contra los creyentes es el desánimo o el desaliento. El enemigo tira sus dardos contra usted para acabar con su vida. Despertémonos para resistirlo antes de que sus dardos nos alcancen. ¿Y que si ya hemos recibido sus dardos? ¿No es esto algo urgente?

¿Podemos ponernos a la ofensiva y evitar o disminuir el desánimo? ¿Cuál es nuestra defensa si ya estamos desanimados?

Antes de desanimarse (estar a la ofensiva): Un corazón agradecido rápidamente desvía todos los dardos del desánimo. Cuando se encuentre en tribulación, ore: "Señor, yo sé que has permitido esta tribulación para mi bienestar aunque ahora me duele mucho. Te doy gracias, Señor, te bendigo, Señor, y te adoro. Creo y confieso, O Señor, que todas las cosas obran para mi bien porque te amo y Tú me has escogido como uno de los tuyos (Rom. 8:28). Por lo tanto permanezco resuelto en mi fe y resisto a Satanás en el nombre de Jesús." Medite en Efesios 6:10-18 y 1 Pedro 5:6-9. Ore empleando estos versículos: Salmo 63:1-8; Salmo 23; y Salmo 121. Cante alabanzas y sea lleno del Espíritu, Efesios 5:18-20. Ore frecuentemente El Padre Nuestro, Mateo 6:9-13; preste atención a lo que expresa en oración.

Siga dándole gracias a Dios meditativamente y con regularidad: gracias por la vida, la salud, los alimentos, la familia, la iglesia, por protección del pecado, por la salvación en Cristo, y por las muchísimas expresiones de su bondad. Como una acción de fe, déle gracias aun cuando le duele; esto sí le agrada a Dios.

Si estamos desanimados (la defensa): Si ya está desanimado, primero busque la consolación de Dios, el Dios de toda consolación, 2 Cor. 1:3. Lea pasajes como Isaías 40-49 (los diez capítulos), Josué 1, Juan 14, Salmo 56:1-3, Salmo 40:1-3, y Salmo 23. El Espíritu nos consuela, la Palabra de Dios nos consuela, y estos dos son uno, Juan 6:63. Fije su mirada en Jesús y recuerde sus sufrimientos, para que "nos os canséis ni os desaniméis en vuestro corazón," Heb. 12:3. Recuerde que el Consolador—el Espíritu Santo—quien está

a su alcance, en su corazón, para consolarle. Consolado por el Espíritu y por la Palabra, usted está fortalecido para dar gracias, viendo por fe la victoria venidera. ¿Es el problema una persona? Déle gracias a Dios y alabe a Dios cuando usted piensa en esa persona, y bendígala. ¿Es el problema una situación? Déle gracias a Dios y alabe a Dios cuando la situación le sobrecarga. Este proceso le llevará a estar en la posición de la ofensiva (véase la sección anterior).

El ejemplo de David (1 Sam. 30:1-6): "Mas David se fortaleció en el SEÑOR su Dios." En esta ocasión David y sus compañeros lo habían perdido todo, incluyendo a sus esposas e hijos, y lloraron y lloraron "hasta que no les quedaron fuerzas para llorar." "David estaba muy angustiado porque la gente hablaba de apedrearlo," pero entonces leemos estas palabras maravillosas: "Mas David se fortaleció en el SEÑOR su Dios." Entonces salió a luchar, y leemos que "David lo recuperó todo," 1 Sam. 30:19.

El ejemplo de Pablo y Silas (Hechos 16:2-25): Pablo y Silas, después de ser golpeados fuertemente, fueron tirados a la prisión, con los tobillos encadenados en una estaca. Allí, ¿cómo pasaron la noche dolorosa los dos siervos de Dios? ¿Estaban desanimados?

"Como a medianoche, Pablo y Silas oraban y cantaban himnos a Dios, y los presos los escuchaban," Hechos 16:25. Guardemos esto en nuestro corazón como una exhortación que debemos recordar cuando estamos afligidos. No siempre podemos cantar cuando estamos enfermos o afligidos, pero podemos orar y darle gracias a Dios. Aun la oración más débil, el susurro más callado, aun un suspiro dirigido hacia Dios abrirán la puerta de la fe, afirmando la bondad de Dios y su fidelidad sin falla. En este fundamento nos mantenemos parados, sabiendo que es fundamento firme, una roca sólida. Amén.

"Oh Señor, repréndeme"

"Repréndeme, oh SEÑOR, pero con justicia, no con tu ira, no sea que me reduzcas a nada," Jer. 10:24. Así oraba Jeremías porque el deseo de ser corregido se encontraba en su corazón. Yo personalmente he encontrado gran consolación y aliento al orar, "O Señor, repréndeme." Nos hace falta siempre la corrección del Espíritu Santo porque "...no depende del hombre...el dirigir sus pasos," Jer. 10:23. Nos hace falta la repreensión continua mientras caminamos paso a paso por la fe. Necesitamos tal repreensión para ser guardados del pecado. Necesitamos ser corregidos al instante si pecamos. Este es el amor de Dios por nosotros.

"Por el SEÑOR son ordenados los pasos del hombre, y el SEÑOR se deleita en su camino. Cuando caiga, no quedará derribado, porque el SEÑOR sostiene su mano," Salmo 37:23-24. ¡Cuán gran consolación encontramos en estos versículos! Tener fe en estos versículos nos llevará a un camino seguro. Caminamos paso a paso con la seguridad bendita de que el Señor está ordenando—guiando, corrigiendo—nuestros pasos. El Señor nos vigila mientras caminamos, y se deleita ver nuestro andar por la fe. Si caemos, Él nos sostiene y nos guarda de ser derribados completamente. Oremos, pues, "Oh Señor, repréndeme."

El privilegio de ser hijos incluye ser corregidos por nuestro Padre celestial. "Es para vuestra corrección que sufrís; Dios os trata como a hijos," Heb. 12:7. Ocurrió una vez que un creyente fue lastimado en un accidente y quedó en cama sufriendo durante varias

semanas. Una noche en un sueño divisó Hebreos 12. Cuando se despertó, leyó ese capítulo. Se dio cuenta de que su Padre Celestial lo estaba corrigiendo (véase los versículos 5-12). El propósito de tal reprensión es para que “participemos de su santidad.” Con este entendimiento debemos estar “sujetos al Padre de nuestros espíritus y [así] viviremos,” Heb. 12:9.

Tenemos una naturaleza física—la carne—que está sujeta a la tentación. Jesucristo vino en la misma naturaleza, y fue tentado como nosotros, pero siempre se mantuvo perfectamente sumiso al Padre Celestial. El Padre le permitió al Hijo sufrir en sus tentaciones (Heb. 2:18), pero le dio la gracia para perseverar, Heb. 5:8. Ahora pues nosotros como hijos de Dios somos guiados por el Espíritu para caminar en los mismos pasos que Jesús nos ha dejado, 1 Pedro 2:21-23. Si nos mantenemos sumisos a nuestro Padre Celestial, nosotros también podemos recibir la gracia para sufrir en las tentaciones y perseverar. Así somos guardados del pecado. Si pecamos, nos arrepentimos al instante. Sigamos, pues, sumisos y sujetos a nuestro Padre Celestial. Esto sí es vida y paz.

Si le pedimos al Señor su corrección, no nos la negará porque está escrito: “No escatimes la disciplina del niño,” Prov. 23:13. Además, “porque el SEÑOR a quien ama reprende, como un padre al hijo en quien se deleita,” Prov. 3:12. Estamos asegurados por lo tanto de recibir la corrección del Señor. Oremos, pues, “Oh Señor, repréndeme.”

“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios,” Rom. 8:14. Sí, ¡es el privilegio de ser hijos el ser guiados por el Espíritu de Dios! Clamamos, “Abba, Padre.” Para nosotros todas las cosas obran para bien, y somos conformados a la imagen de Su Hijo, Rom. 8:28-29. Amén.

Escuchando la voz de Dios

“He aquí, el obedecer es mejor que un sacrificio, y el prestar atención, que la grosura de los carneros,” 1 Sam. 15:22. Ambos el obedecer y el escuchar son mejores que el sacrificio; el escuchar precede el obedecer, por lo tanto es de importancia primordial. En el libro de Proverbios, frases como “escucha,” “oye,” “inclina tu oído,” y “presta atención” se repiten muchas veces. ¿Cómo aprendemos a escuchar a Dios? ¿Cómo podemos seguir prestando atención a Dios? Debemos confiar que el Señor nos lo enseñará. Aquí se encuentran tres disciplinas sencillas que nos ayudarán:

(1) **Enfocar la mente en Dios a menudo dondequiera que estemos:** Podemos enfocar nuestros pensamientos en Dios en oración por unos momentos en casi todo lugar, a casi toda hora. La persona que desea escuchar la voz de Dios lo buscará aun en medio del ajetreo con la oración, “Señor, déjame escuchar tu voz.” Tal actitud de devoción permitirá que la consolación de Dios llene el corazón aun cuando estamos agobiados con dolor. Cuando nos encontramos confusos, la luz de Dios brillará en los rincones más oscuros de nuestra mente. Sólo se requiere esto de parte de nosotros: que volvamos a Dios cada vez que recordamos con esta oración, “Señor, déjame escuchar tu voz,” pidiéndoselo sencillamente con anhelo y confianza.

(2) **Con la puerta cerrada, estar a solas con Dios:** Jesús nos invita a orar a solas con la puerta cerrada (Mateo 6:6). Es así que nos dedicamos a Dios sin distracciones. Moisés lo

hizo durante un período de 40 días, al fin del cual su rostro brillaba. Daniel oraba a solas tres veces al día. María se sentó por sí sola a los pies de Jesús. Jesús salió a solas a orar cuando agonizaba. Es verdad que podemos orar en el corazón cuando estamos rodeados de gente, o en el trabajo, y otras tales situaciones. Pero el Señor desea que nos separemos de la rutina para estar a solas con Él. Al hacer esto Él nos da su Palabra y nos llena con el Espíritu mientras oramos.

(3) Leer varios pasajes de la Biblia, confesar porciones de esos versículos en oración: Esta disciplina sí ayuda mucho. Por ejemplo: lea Salmo 119:5, 18, 33, 41, 50, 73, 76, y 80, e incluya esos versículos al orar. Cuando leemos con anhelo de escuchar la voz de Dios, y oramos con los versículos que nos hablan al corazón, recibimos fe; y experimentamos la Palabra como espíritu y como vida (Juan 6:63).

Escuchar la voz de Dios produce fe: "Así que la fe viene del oír, y el oír, por la palabra de Cristo," Rom. 10:17. Cuando crecemos en la gracia de escuchar a Dios, el leer o escuchar las Escrituras nos ayudan a escucharlo más. Y, mientras escuchamos la Palabra de Dios, recibimos la fe. Por la fe tenemos acceso a Dios, y a la herencia que es nuestra en Dios ahora y para la vida venidera. Por la fe entendemos las cosas en la luz que sólo Dios nos puede dar. Por la fe nos mantenemos en la gracia de Dios. Por la fe andamos. Por la fe hablamos. Por la fe vivimos. Cada pensamiento, cada ansiedad, y cada situación puede interpretarse a la luz de la Palabra de Dios que hemos escuchado, y por la luz de la fe que hemos recibido. Tal vida de fe le agrada a Dios.

Cuando dudamos sobre qué decisión tomar, esperemos a Dios, orando, "Señor, espero escuchar Tu voz." A menudo nos ayuda leer la Biblia y orar mientras estamos esperando escucharlo. El Espíritu Santo nos hablará de una forma que podemos entender y tener certeza. Por esto debemos esperar humildemente. No debemos inclinarnos a seguir nuestros propios pensamientos ni aun un sueño que acaso hayamos recibido. Los sueños han desviado a muchos, tanto como sus propios pensamientos. Suele ocurrir que los sueños en realidad son nuestros propios pensamientos visualizados al dormir. Dios sí puede darnos pensamientos, y a veces da sueños y visiones a los que andan por fe, y éstos son provechosos. La habilidad de saber si nuestros pensamientos (o sueños o visiones) se originan en Dios viene de la disposición personal de examinarlos a la luz de la Palabra de Dios, de una dedicación sincera a hacer la voluntad de Dios, y la buena voluntad de recibir consejos de los hermanos. El Señor es nuestro Pastor, nosotros somos sus ovejas, y por lo tanto, conocemos "su voz," Juan 10:4-5. Debido a esto, huimos de la voz del desconocido, y nos sentimos seguros. Lea el libro de Proverbios y fíjese cuán frecuentemente ocurren palabras tales como "escucha," "presta atención," "oye," e "inclina tu oído". Leemos en Proverbios 8:34: "Bienaventurado el hombre que me escucha, velando a mis puertas día a día, aguardando en los postes de mi entrada." Fíjese en estas tres palabras: "escucha," "velando," y "aguardando"—estas palabras indican cómo podemos aprender a escuchar la voz del Señor. Aprendamos a acostumbrarnos a la voz del Señor.

Cuando vienen las ofensas

Nuestro Señor dijo: "Es inevitable que vengan tropiezos, pero ¡ay de aquel por quien vienen!", Lucas 17:1. Debido a que es inevitable que las ofensas vengan—en la familia, en

la Iglesia, y otros lugares—nos conviene estar preparados. ¿Cómo podemos prepararnos? Estos versículos que siguen pueden equiparnos poderosamente:

- Salmo 119:165: “Mucha paz tienen los que aman tu ley, y nada los hace tropezar.”
- 1 Cor. 13:4, 7: “El amor es paciente, es bondadoso...todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.”

De estos versículos notamos lo siguiente: (1) el amor por la Palabra de Dios nos da mucha paz, y nos guarda de ser ofendidos. Debemos por lo tanto darnos a la meditación continua en la Palabra de Dios. (2) Nuestro amor por Dios y por los hombres nos capacita para sufrir con paciencia y perseverancia. ¿Por cuánto tiempo? Sólo Dios determina la duración de nuestras tribulaciones. El amor todo lo sufre. El amor todo lo soporta. Tal amor llena el corazón que el Espíritu Santo llena, Rom. 5:5. El amor que sufre con paciencia es el amor nacido del Espíritu. Con cuán ahínco debemos buscar constantemente ser llenos del Espíritu quien Dios les da a los que lo obedecen a Él, Hechos 5:32.

¿No tenemos motivo para arrepentirnos de nuestra reacción cuando estamos ofendidos? Oremos y confesemos: “Señor, el Salmo 119:165 es para mí; no permita que nada me ofenda. Señor, los versículos de 1 Cor. 13:4, 7 son para mí; lléname con tu Espíritu y tu amor, para que pueda sufrir con paciencia cuando alguien me afrenta, para que pueda ser bondadoso con el que me ofende, y para que pueda sufrir y soportarlo todo por Ti. Amén.” Cuando creemos la Palabra de Dios, se hace espíritu y vida para nosotros, Juan 6:63. Este es el fundamento de nuestra confesión, y de nuestra victoria.

Mientras agonizaba en la cruz, nuestro Señor oró: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen,” Lucas 23:34. Cuando nosotros oramos así por los que nos ofenden, estamos orando en el Espíritu de Cristo. No podemos orar como Cristo oró a menos que tengamos el Espíritu de Cristo. ¡Cuán grande, o Señor, es nuestra necesidad de tener Tu Espíritu! Que este espíritu de perdonar y soportar nazca en nosotros, o Señor, y nos llene en una medida cada vez más profunda.

El momento en que Judas besó a Jesús para traicionarlo, Jesús lo llamó “amigo,” Mateo 26:49-50. Seguramente el Señor se lo dijo en serio. Este es el Espíritu de Cristo. El mismo Espíritu nos ayudará a hacer como hizo el Señor. Oremos para manifestar el Espíritu de Cristo.

Cuanto más íntima sea la relación que usted tiene con una persona (sea un/a esposo/a, padre/madre, hijo/a, hermano/a, pariente o amigo/a íntimo/a), más intensa será la interacción entre ustedes a través del tiempo, y de la misma manera más intensa será la prueba cuando venga. Cuando uno es ofendido, al principio el amor entre los dos se enfría, entonces las ofensas pequeñas se magnifican, y las ofensas habituales producen un endurecimiento del corazón. El Espíritu de Dios no puede enseñar a un corazón endurecido hasta que se ablande a través del arrepentimiento. El deseo de tener una vida llena del Espíritu nos mantendrá sensibles al enfriamiento del amor; he aquí nuestra necesidad de ser llenos del Espíritu, Efesios 5:18-20. El tener un don especial del Espíritu, aun en medida extraordinaria, no es un sustituto para ser lleno del amor de Dios por el Espíritu, 1 Cor. 13:1-2. Debemos buscar el lugar de la humildad de Cristo si queremos experimentar esta

plenitud. Acudamos a Cristo quien es Él que bautiza con el Espíritu, y deseemos sinceramente ser llenos.

Satanás ("las puertas del Hades," Mateo 16:18) está en oposición a la Iglesia, y por eso causa ofensas frecuentes en el cuerpo de Cristo. Así que si el Señor dijo que las ofensas vendrían, cuánto debemos vigilar para que no vengan por medio de nosotros (Lucas 17:1-2); y cuán conscientes debemos estar de reaccionar en amor cuando las ofensas ocurren, Mateo 18:21-22.

La manera en que un individuo reacciona cuando es ofendido, cuántas oraciones ofrece por la persona que lo ofendió, y cuánto se humilla nos dicen mucho acerca de ese individuo. Si nos juzgamos a nosotros mismos delante del Señor en este asunto, progresaremos mucho; si no lo hacemos, perderemos mucho.

Cuando alguien nos ofende, es una prueba de nuestro amor, 1 Cor. 13:4,7. Nos hace falta el socorro del trono de gracia para que podamos perdonar las setenta veces siete, Mateo 18:21,22. Nos humillamos y recibimos gracia para reaccionar con amor y orar por la persona que nos ofende. La situación que nos parece pésima en realidad abre una puerta a las mejores bendiciones. Dios nos premiará abiertamente si sufrimos en secreto por motivo del amor. Solamente aquellos que están dispuestos a ser guiados por el Espíritu verán la oportunidad en la adversidad. Dios causa que todas las cosas obren para nuestro bien, Rom. 8:28. Amén.

Los pasos de fe al seguir a Jesús

Ya nos hemos arrepentido del pecado, y ya hemos puesto nuestra fe en el Señor Jesucristo. Hemos venido a Cristo. Ahora deseamos seguirlo a Él. ¿Cuál es el primer paso al seguir al Señor Jesucristo?

"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame," Lucas 9:23.

- El primer paso: negarme a mí mismo
- El segundo paso: tomar mi cruz cada día

No podemos tomar el segundo paso hasta que tomemos el primero. ¡El primer paso es negarnos a nosotros mismos! No podemos comenzar a seguir a Cristo sin este primer paso. ¿Hemos considerado seriamente lo que significa negarnos a nosotros mismo? Según la Amplified Bible, significa: "desconocerse, olvidarse a sí mismo, perderse de vista a sí mismo y a los intereses propios, negarse y rendirse." Pausemos para considerar esto; ciertamente es la gracia de Dios en nuestra vida la que nos permite creer y obedecer esto. Si quiero comenzar a seguir a Jesús, debo despojarme a mí mismo primero; éste sí es el primer paso antes de tomar cualquier otro.

Una vez que me he negado, ¿a quién pertenezco? Soy del Señor, y Él se encarga de mí. Esta fe se ha sembrado en mi corazón y se está arraigando. Dios se encarga de mí. Cuando estoy aquejado, puedo confesar: "Dios se encarga de mí." Cuando pierdo, puedo confesar:

"Dios se encarga de mí." Y todo lo que tengo, todo lo que soy, todo pertenece al Señor Jesucristo.

Ocurrió que el señor William Booth, fundador del Ejército de Salvación, el cual había guiado a miles de personas a conocer a Cristo en el siglo XIX, moría. Sus amigos y sus seres queridos rodeaban su cama y le preguntaron: "Cuéntenos, general, antes de que muera, ¿cuál ha sido el secreto de su vida maravillosa?" El anciano hombre de Dios contestó pausadamente, "Si hay algún secreto, es éste, que Cristo ha poseído todo mi ser." ¿Podremos nosotros declarar lo mismo cuando nos toque morir también? Sí, por la gracia de Dios, podremos decir lo mismo, si a partir de este momento nos negamos a nosotros mismos, y permitimos que el Señor Jesús nos posea completamente.

El momento en que creemos y nos dedicamos a obedecer sin reservación a una porción particular de las Escrituras, esa porción toma vida para nosotros personalmente. Experimentamos la palabra de Dios como algo vital y personal. Jesús dijo: "Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida," Juan 6:63. Aunque no comprendamos perfectamente, podemos creer sin reservación; cuando recibimos las palabras, también recibimos el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es el Espíritu de Gracia (Heb. 10:29), y Él nos da gracia para cumplir las Escrituras.

Oremos: "Señor Jesús, ¿me he negado a mí mismo por Ti? Señor Jesús, ¿me he despojado de mí mismo por Ti?" Este ciertamente es el primer paso; sin éste no podemos tomar el segundo. ¿Cuál es el segundo paso?

El segundo paso al seguir a Cristo es: "[que] tome su cruz cada día." Esto significa que estoy dispuesto a decir, "no se haga mi voluntad, sino la tuya," Lucas 22:42. ¿Qué es la experiencia de tomar la cruz en la vida diaria? Sufrimos cuando el Espíritu Santo nos aleja de los deseos carnales, y oramos, "no se haga mi voluntad, sino la tuya"; la carne—nuestra naturaleza humana—experimenta el sufrimiento mientras nosotros, fortalecidos por el Espíritu, nos mantenemos fieles en las tentaciones y las tribulaciones. En vez de escoger algo o tomar una decisión para agradarnos a nosotros mismos, buscamos más bien agradarle al Señor. Cuando gastamos dinero o pasamos tiempo en algo, ¿lo hacemos para complacernos a nosotros mismos o para complacer al Señor? Cuando comemos o tomamos algo, ¿lo hacemos para complacernos a nosotros mismos o para complacer al Señor? Los amigos que tenemos, ¿son para complacernos a nosotros mismos, o para complacer al Señor? En cada una de estas situaciones diarias, se pone a prueba nuestro amor por el Señor quien murió por nosotros, y no es difícil juzgarnos a nosotros mismos. También sufrimos cuando soportamos la corrección del Señor y cuando soportamos aflicciones.

"Con Cristo he sido crucificado" Cuando seguimos al Crucificado de esta manera, experimentamos lo que Pablo experimentó: "Con Cristo he sido crucificado," Gál. 2:20. El Señor Jesucristo siguió por el camino de la cruz a través de toda su vida, hasta al Calvario mismo; allí, al fin del camino, fue clavado en la cruz, sufrió y murió. Seguimos en sus pasos (1 Pedro 2:21-23), y llegamos al mismo destino. Él nos pide que nos neguemos, que tomemos nuestra cruz diariamente, y que lo sigamos a Él; no hay otra manera de seguirlo. ¡Ojalá fueran abiertos nuestros ojos para ver al Crucificado y el camino de la cruz! Sus pasos nos guían cierta y seguramente al lugar donde experimentamos lo que Pablo experimentó: "Con Cristo he sido crucificado." Ciertamente esto es demasiado maravilloso

para comprender y experimentar aunque lo hacemos por la fe. Por los ojos de la fe vemos a nuestro Señor en la cruz, y confesamos: "con Cristo he sido crucificado." Somos unidos en el espíritu con el Señor, y recibimos la disposición para sufrir y negar nuestra propia voluntad solamente para agradarle a Él quien murió por nosotros. Este amor para el Señor Jesús nos hace más que vencedores, Rom. 8:35-37. Cristo nos amó y se dio por nosotros; creemos esto y vencemos por fe en esto. Hemos muerto al pecado con Cristo, y hemos recibido gracia para no pecar; somos resucitados con Cristo, y Él es nuestra vida. Viviendo nuestra vida por su ejemplo, en Él vencemos. Amén.

Cuando nuestras oraciones parecen no ser contestadas

A veces cuando padecemos pruebas grandes, puede resultarnos difícil orar, especialmente si nuestras oraciones parecen no ser contestadas. ¿Cuál es, pues, la voluntad de Dios para nosotros? Oramos quizás, "Señor, en tus manos me encomiendo." En la cruz nuestro Señor oró en agonía, "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?," Mateo 27:46. No leemos ninguna respuesta a su llanto amargo; y a pesar de todo murió con estas últimas palabras: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu." Cuando nos sentimos impotentes en nuestras tribulaciones, podemos orar como nuestro Señor oró, y decir, "Señor, en tus manos te entrego mi vida." Esta oración nos sostendrá, y nos preservará en la vida de resurrección, la cual vence a la muerte. Nuestro Señor murió con esta oración, "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu," y después vino la resurrección. El enemigo es impotente contra tal oración y tal fe. Gloria a Dios quien nos da la victoria.

Jesús dijo esas últimas palabras como un grito, en voz alta. Poco antes de que gritara, el velo en el templo se rasgó en dos (Lucas 23:45), abriendo la vía al Santísimo. Cristo entró en el Lugar Santísimo celestial con su propia sangre, y ahora podemos seguirlo a Él en una consagración semejante por fe en su sangre. Esta confesión de fe se hace sumamente preciosa cuando sufrimos, y cuando nuestras oraciones no reciben respuesta. Es precisamente en esas ocasiones cuando podemos orar: "Señor, en tus manos te entrego mi vida." Esta oración nos sostendrá cuando parece que todo cuanto nos rodea parece fallar. Nos preservará según la fe para una resurrección gloriosa.

¿Qué es lo que nos preservará de forma que podamos orar como Jesús oró? El anhelo más intenso de nuestro Señor fue cumplir la voluntad del Padre. Que el anhelo más intenso nuestro sea cumplir la voluntad del Padre. Acudamos a Cristo continuamente para recibir de Él la misma mente que Él tenía. Solamente si nuestro corazón está en esa condición podremos orar como el Señor oró.

Fue tal obediencia y tal oración que prepararon al Hijo de Dios para la resurrección. La muerte no pudo retenerlo. El Padre lo resucitó y lo exaltó a su diestra. Pero primero vino la cruz; la oración, "no se haga mi voluntad sino la tuya" vino primero; y la oración, "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" vino primero. Tal fue la preparación del Hijo de Dios para la resurrección. Tales son los pasos que seguimos, "a fin de llegar a la resurrección de entre los muertos," Fil. 3:11.

Las tribulaciones en la vida diaria suelen provocarnos a rendirnos, y solemos caer en la desesperación. Precisamente entonces puede ser nuestro momento más bendecido, si oramos sinceramente, "Señor, en tus manos te entrego mi vida." Nosotros, por la sangre

de Cristo, tenemos acceso al trono de la gracia, a la sangre salpicada, a la gloria de Dios, a la vida de resurrección. En el mismo momento en que parecemos ser los más débiles, podemos, por gracia, ver la gloria de Dios.

En tales momentos de tribulación, muchas veces estamos solos. En algunos casos, nuestras tribulaciones más grandes pueden implicar esos seres más queridos en nuestra familia o en la comunidad del pueblo de Dios. Fueron justamente el hermano y la hermana de Moisés quienes lo desafiaron en su ministerio. Es entonces donde leemos de la humildad de Moisés y de su oración para la curación de su hermana, Núm. 12:1-13. Ocurre mucho dolor cuando nuestras tribulaciones implican a nuestros seres queridos. Entonces debemos confesar la palabra de Dios, "Con Cristo he sido crucificado," Gál. 2:20. Acudamos a Cristo continuamente para que podamos seguir llenos de su Espíritu; es en tal condición de alma que nuestra confesión de ser crucificados con Cristo tiene poder.

Hoy el Señor resucitado, sentado a la diestra del Padre, está intercediendo por nosotros. Si nos paramos delante de Dios en nuestras pruebas con la confesión de ser crucificados con Cristo, y si nos entregamos en las manos de Dios cuando nos sentimos impotentes, el Espíritu de Cristo nos preservará en el poder de la vida de resurrección, y encontraremos la gracia para interceder por otros, especialmente por aquellos que nos causan dolor.

Querido lector/a, ¿está usted sufriendo? Lea 1 Pedro 4:19: "Por consiguiente, los que sufren conforme a la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, haciendo el bien." Cuando sufrimos, y después de haber orado, "Señor, te entrego mi vida a Ti," sigamos adelante, haciendo lo que le agrada a Dios. Él es fiel para preservarnos. Amén.

El libro de la vida cotidiana

Mis pensamientos, mis palabras, y mis acciones dejan una marca invisible—un rastro—en mi ser. Es como si un libro se escribiera (el Libro de la vida cotidiana) momento a momento, día a día. "Entonces los que temían al SEÑOR se hablaron unos a otros, y el SEÑOR prestó atención y escuchó, y fue escrito delante de Él un libro memorial para los que temen al SEÑOR y para los que estiman su nombre," Mal. 3:16. El Señor es el oyente invisible cuando nos hablamos unos a otros, y un libro se está escribiendo con las palabras que hablamos con temor reverente y en Su nombre.

Así como son mis pensamientos, así soy yo. La manera en que se desarrollan mis pensamientos resulta en la manera en que soy y seré. "Desde lejos comprendes mis pensamientos," oró el salmista en Salmo 139:2. Puesto que Dios está discerniendo mis pensamientos desde lejos, que gozo es recordar que si tengo pensamientos bondadosos, ciertamente recibiré una bendición. "O Señor, permite que yo tenga pensamientos bondadosos para con todos, especialmente para los que parecen estar en mi contra o me desprecian. Permíteme, Señor, que ore oraciones misericordiosas para todos, especialmente para los que parecen estar en contra de mí. Que tales pensamientos sean inscritos por tu mano, O Dios, en las páginas de mi Libro de la vida cotidiana. ¡Cuán grande es tu bondad hacia mí, O Señor, que me has llamado a tal vida! Señor, me arrepiento sinceramente de cada pensamiento o palabra o acción maliciosa de mi parte hacia otros. Que sean borrados por Tu sangre de mi Libro de la vida cotidiana."

Querido lector, ¿qué es lo que está escrito en ese Libro de la vida cotidiana que lleva su nombre? Los pensamientos maliciosos que ha tenido y las palabras de juicio que ha hablado, ¡todos están escritos en esas páginas! ¡Cuán doloroso será el sonido de éstos en sus oídos en el día de juicio! Pero Dios en este momento le está invitando a encontrar la misericordia. Venga a Dios en arrepentimiento sincero. El momento en que se arrepiente, la sangre de Jesucristo lo limpiará completamente. Y al mismo instante, lo que está escrito de sus pensamientos y palabras y acciones maliciosas en las páginas del Libro de su vida cotidiana también se borrarán. Ahora usted puede comenzar de nuevo. Esta es la misericordia de Dios hacia usted por Jesucristo.

¿Qué será escrito cada día en las páginas de nuestro Libro de la vida cotidiana? Tan pronto como formamos un pensamiento, Dios lo sabe. Cada pensamiento bondadoso que pensamos, cada oración de buen corazón que susurramos, y el más pequeño acto de amor se escriben. Se imprimirá en letra dorada cada prueba de la fe que usted aguanta orando.

¡Cuán agradecidos debemos estar y cuán cuidadosos! ¿Es usted una esposa que está padeciendo una hora difícil? Piense en Jesús quien perseveró con paciencia. Tenga pensamientos bondadosos. Ore con misericordia. ¡Todos estos se escriben en letra dorada y celestial! ¿Es usted un marido que está enfrentando luchas? Piense en Jesús quien sufrió y aprendió la obediencia, Heb. 5:8. Tenga pensamientos bondadosos. Expresé palabras de bendición. Estos se imprimen en las páginas no visibles. Que esto le dé gozo. ¿Es usted un joven que se encuentra en pruebas? Anímese. Dios lo ama y lo perdona. Tenga pensamientos de fe. Ore con fe. Hable palabras de humildad. Ciertamente todas estas cosas se escribirán.

¡O, la bondad infinita del Señor de la cual disfrutamos diariamente, y guardamos como un tesoro para la eternidad! Creámoslo. Simplemente obedezcamos. Aceptemos este buen don de Dios: nos toca amar, bendecir, dar, y perdonar sin condiciones. O Dios, danos la gracia para aceptar por fe lo que nos estás revelando.

Cuando nuestros pensamientos son condicionados por un temor reverente, frecuentemente ascienden a Dios como oraciones. Nuestra vida mental y nuestra vida espiritual por eso se enriquecen una a otra. Leemos: "...la gracia se derrama en tus labios; por tanto, Dios te ha bendecido para siempre," Salmo 45:2. La gente se maravillaba de Jesús por "...las palabras llenas de gracia que salían de su boca," Lucas 4:22. Favor de leer Col. 3:6: "Que vuestra conversación sea siempre con gracia, sazonada como con sal, para que sepáis como debéis responder a cada persona." Oremos con estos versículos y creamos en Dios que se hagan una realidad en nuestra vida diaria. Amén.

Avisos para los últimos días

El amor se enfriará: Con respecto al tiempo postrero, nuestro Señor dijo: "Y debido al aumento de la iniquidad, el amor de muchos se enfriará. Pero el que perseverare hasta el fin, éste será salvo," Mateo 24:12-13. Cuando leemos que el amor de muchos "se enfriará," sabemos que es una ocurrencia entre los hijos de Dios. Fíjese en la palabra "muchos"; habrá sólo unos cuantos que guardarán su amor de enfriarse. Esto nos da fe. ¿Estaremos entre los "muchos" cuyo amor se enfriará, o entre los pocos que amarán hasta el final? Confíemos en el Señor que Él nos guardará entre los pocos. Que las palabras de nuestro

Señor sirvan como un aviso para nosotros. La iniquidad o la rebelión contra la ley significa hacer lo que le dé la gana a uno, sin hacer caso de la ley de Dios; esto causa que el amor se enfríe.

¿Cómo podemos ser salvos del espíritu de la iniquidad?

Está escrito acerca de Jesús en Heb. 1:9, "Has amado la justicia y aborrecido la iniquidad; por lo cual Dios, tu Dios, te ha ungido con óleo de alegría más que a tus compañeros." Jesucristo amó la justicia y aborreció la iniquidad. El espíritu de Cristo—la mansedumbre y la humildad del corazón (Mateo 11:29-30; Fil. 2:8)—nos fortalecerá con gracia (1 Pedro 5:5) contra el espíritu de la iniquidad.

"Escudríñame, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis inquietudes; y ve si hay en mí camino malo..." Salmo 139:23-24. Pidámosle al Espíritu Santo que nos escudriñe y nos muestre la iniquidad de nuestro corazón.

"Repréndeme, oh SEÑOR..." Si sinceramente deseamos la corrección del Señor, nos preservará del espíritu de la iniquidad.

Que oremos y sigamos orando, "Señor, llena nuestro corazón con Tu amor." Mientras oramos que el amor de Dios llene nuestro corazón, el Espíritu llenará nuestro corazón (Rom. 5:5), y el Espíritu nos desviará de la vida rebelde que está acaparando no sólo al mundo sino a la Iglesia también.

La fe fallará: No solamente el amor, sino también la fe fallará en los últimos días, según las palabras de Jesús en Lucas 18:8: "...cuando el Hijo del Hombre venga, ¿hallará fe en la tierra?" Pero los escogidos de Dios tendrán la fe para orar, Lucas 18:7. Favor de leer Lucas 18:1-14 para aprender cómo el Señor desea que oremos en los últimos días.

¿Qué es lo que mantendrá nuestra fe viva y creciendo? (1) Orar frecuentemente con la ayuda del Espíritu Santo. Esto está ilustrado en Lucas 18:1-14. Que estemos entre aquellos que "claman a Él día y noche," Lucas 18:7. (2) Leer la palabra de Dios frecuentemente, Rom. 10:17. (3) Preservar y fortalecer la fe a través de la obediencia y la humildad. Vea como el Señor les contestó a los discípulos cuando le pidieron, "¡Auméntanos la fe!," Lucas 17:5. La respuesta del Señor está en Lucas 17:6-10; fíjese en el versículo 10 que lo resume: "Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que se os ha ordenado, decid: 'Siervos inútiles somos; hemos hecho solo lo que debíamos haber hecho.'"

Oremos así: "Muéstrame, Señor, la iniquidad de mi corazón para que pueda arrepentirme. Ayúdame a siempre saber lo que Te agrada a Ti, Señor. Ayúdame a amar la justicia y aborrecer la iniquidad. Amén."

"Señor, me ofrezco en el altar"

La fe de Abraham debía ser perfeccionada. Esto demandaba que ofreciera a su hijo en el altar, Santiago 2:21-22: "¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre cuando ofreció a Isaac su hijo sobre el altar? Ya ves que la fe actuaba juntamente con sus obras, y

como resultado de las obras, su fe fue perfeccionada.” ¿Cómo podemos experimentar estar en el altar?

El Señor Jesús vivió en el mundo con esta oración: “He aquí yo he venido (en el rollo del libro está escrito de mí) para hacer, oh Dios, tu voluntad,” Heb.10:7. Esta fue una oración de ofrenda—sacrificio; hacer la voluntad de Dios—reemplazó los sacrificios del Antiguo Testamento, Heb. 10:1-9. Mientras Jesús se preparaba para el sacrificio supremo en la cruz, oró, Lucas 22:42: “no se haga mi voluntad sino que se haga la tuya.” Jesús vivió en el espíritu de esa oración hasta el final; y murió orando, Lucas 23:46: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.”

Si oro sinceramente, “Señor, dame un corazón que no desee nada más que Tu voluntad para mi vida,” entonces el Espíritu Santo me enseñará y me guiará paso a paso, hasta que llegue al lugar de orar, “Señor, no deseo nada aparte de Tu voluntad para mi vida.” Entonces estoy en el altar. Considere al creyente que ora sinceramente: “Señor, no deseo nada aparte de Tu voluntad para mi vida; Señor, permíteme estar en el altar en este momento, en este día. Permíteme pararme donde se paró Abraham cuando tomó el cuchillo para matar a su hijo.” En tal ofrenda el fuego de Dios—el Espíritu Santo—cae. En el altar somos uno con Aquel quien se ofreció en la cruz. Esto produce dolor. Jesús sudó gotas de sangre cuando oró, “...no se haga mi voluntad sino que se haga la tuya.” En el altar experimentamos la gracia. En el altar experimentamos el fuego—el Espíritu Santo. En el altar dejamos de hacer lo mejor que podamos para recibir la gracia de lo mejor de Dios. ¿No es el Señor nuestro socorro cuando confiamos en Él por lo que nunca podríamos lograr por nosotros mismos? En el altar vamos más allá de las buenas intenciones y las buenas resoluciones, y nos echamos en la gracia de Aquel que “...por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios...,” Heb. 9:14.

¿Qué es lo que impide al creyente subirse al altar? Posiblemente la atracción del mundo que arrastra nuestra carne (la naturaleza humana). Nos acostumbramos a ello y lo dejamos seguir. Si queremos romper con la atracción del mundo, debemos orar: “Señor, no deseo nada sino Tu voluntad para mi vida.” Si oramos con sinceridad esta oración, primero tenemos que pausar y considerar el costo. El Espíritu Santo—el Espíritu de Verdad—nos ayudará. Empezará a enseñarnos la verdad acerca de nuestro propio corazón y nos conducirá al altar—el altar de la voluntad de Dios. El Espíritu nos guiará a la confesión de Pablo en Gál. 6:14: “Pero jamás acontezca que yo me gloríe sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo ha sido crucificado para mí y yo para el mundo.” Fíjese: “por el cual” en este versículo—por Cristo, Él mismo siendo nuestro altar, Heb. 11:10.

“¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios purificará vuestra conciencia de obras muertas para servir al Dios vivo?,” Heb. 9:14. Se infiere en este versículo que la purificación de nuestra conciencia requiere que nos ofrezcamos a Dios tal como lo hizo Jesús. Esta purificación es necesaria para que vivamos conforme a la dirección del Espíritu, el cual sobrepasa—sin contradecir—la conciencia: “Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios,” Rom. 8:14.

Mientras escribo estas palabras, tengo esta oración en mi corazón: "Señor, me ofrezco en el altar—el altar de Tu voluntad para mí—sabiendo que estoy crucificado con Cristo. Señor, permite que yo no desee nada más que Tu voluntad para mi vida. Permíteme pararme donde se paró Abraham cuando ofreció a Isaac. Ayúdame a arrodillarme donde Jesús se arrodilló cuando oró, 'no se haga mi voluntad sino que se haga la tuya.' Señor, vengo al Trono de Gracia. Estás complacido cuando hago el esfuerzo, aun con dificultad, buscándote a Ti, Señor. Dame la gracia para entrar en el reposo que Tú das. Confío en Ti. Amén."

La conclusión de Salomón

Al cabo de su largo estudio e investigación detenida, Salomón lo resumió todo así: la responsabilidad completa del hombre es temer a Dios y guardar sus mandamientos, Ecles. 12:13-14: "La conclusión, cuando todo se ha oído es ésta: teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto concierne a toda persona. Porque Dios traerá toda obra a juicio, junto con todo lo oculto, sea bueno o sea malo." Es mi oración que la conciencia de esta verdad condicione mis pensamientos, gobierne mis deseos, establezca el tono de mis palabras, y guíe mis decisiones.

Temer a Dios: Este es un temor reverente hacia Dios, "...un pavor saludable de desagradar a Dios, un temor que echa fuera el terror que se encoge en su presencia, Rom. 8:15, y que influye la disposición y la actitud de uno cuyas circunstancias son guiadas por su confianza en Dios, por el Espíritu de Dios que habita dentro del creyente, Hechos 9:31" (*Vine's Expository Dictionary of New Testament Words*). Escuchemos la exhortación solemne de Pedro a los que invocan a Dios llamándolo "Padre," 1 Pedro 1:17: "Y si invocáis como [vuestro] Padre a aquel que imparcialmente juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor [verdadero] durante el tiempo de vuestra peregrinación [sea ésta larga o corta]" (las palabras en corchetes se incluyen en la versión en inglés de la Amplified Bible).

Los mandamientos de Dios: Dios enseña sus mandamientos a los que le temen, Salmo 25:12, 14. Notemos que temer a Dios y guardar sus mandamientos van juntos.

Los siguientes ejemplos explican cómo podemos orar con temor reverente, ministrar con temor reverente, y obedecer a Dios con temor reverente:

El ejemplo de Jesús: La oración de Jesús fue oída "a causa de su temor reverente," Heb. 5:7: "Cristo, en los días de su carne, habiendo ofrecido oraciones y súplicas con gran clamor y lágrimas al que podía librarle de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente..." Oremos: "Vengo a Ti con temor reverente, Señor. ¿Cómo me atrevo a abrir la boca ante el Soberano del universo, O mi Dios? Más Tú me has causado abrir la boca, Señor. ¿Cómo me atrevo a pedirle cualquier petición de Aquel que conoce mis pensamientos antes que una palabra esté en mi lengua? Sin embargo, Señor, Tú me has pedido venir delante de Ti con peticiones y acciones de gracias. Así vengo, Señor, y vengo con confianza pero también con humildad al trono de gracia por la sangre de Jesús," Heb. 12:19-20.

El espíritu del "temor del Señor" reposaba en Jesús, Isa. 11:2: "Y reposará sobre Él el Espíritu del SEÑOR, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento de temor del SEÑOR." Señor, dame el espíritu de temor del Señor.

El ejemplo de Pablo: Pablo sentía temor reverente cuando ministraba, 1 Cor. 2:1-5: "Cuando fui a vosotros, hermanos, proclamándoos el testimonio de Dios, no fue con superioridad de palabra o de sabiduría, pues nada me propuse saber entre vosotros, excepto a Jesucristo, y éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y con temor y mucho temblor. Y ni mi mensaje ni mi predicación fueron con palabras persuasivas de sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no descansa en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios." Cuán grande es nuestra necesidad de tener un temor reverente cuando compartimos la Palabra de Dios. Que busquemos sinceramente mantenernos en el espíritu de temor reverente: "...antes vive siempre en el temor del SEÑOR..." Prov. 23:17. Que vivamos en temor reverente durante todo el día, y así ser guardados del pecado, Prov. 3:7.

El ejemplo de Abraham: (1) el temor reverente de Abraham al ofrecer a Isaac, Gén. 22:12: "...porque ahora sé que temes a Dios, ya que no me has rehusado tu hijo, tu único." (2) el temor reverente de Abraham al orar, Gén. 18:27: "Y Abraham respondió, y dijo: He aquí, ahora me he atrevido a hablar al Señor, yo que soy polvo y ceniza." Note la reverencia de Abraham hacia Dios y su actitud humilde en esta oración. De estos dos pasajes bíblicos vemos el temor reverente de Abraham. Que nosotros encontremos la gracia para obedecer como Abraham obedeció con temor reverente, y para orar como Abraham oró con temor reverente. Amén.

Aprendiendo de Job

Seguramente cuando estamos enfermos o sufriendo de otro modo, hay que luchar con paciencia contra la falta de fe o el desánimo. Por un lado necesitamos la fe para la curación de la enfermedad; por otro lado necesitamos la fe para defendernos y perseverar frente a los ataques de Satanás contra nuestra mente.

Encontramos nuestro socorro siempre al buscar aliento en las Escrituras cuando sufrimos, como dice en Santiago 5:10-11: "Hermanos, tomad como ejemplo de paciencia y aflicción a los profetas que hablaron en el nombre del Señor. Mirad que tenemos por bienaventurados a los que sufrieron. Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el resultado del proceder del Señor, que el Señor es muy compasivo, y misericordioso." Nuestros pensamientos se deben enfocar en el ejemplo de aquellos que sufrieron con paciencia. El Señor Jesús sufrió con paciencia, Job sufrió con paciencia, y los profetas de Dios sufrieron con paciencia. El Espíritu Santo nos abrirá el entendimiento para ver la bendición de perseverar con paciencia.

Job bendijo y adoró a Dios cuando lo perdió todo en catástrofes insólitas, Job 1:20-22: "Entonces Job se levantó, rasgó su manto, se rasuró la cabeza, y postrándose en tierra, adoró, y dijo, Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré allá. El SEÑOR dio y el SEÑOR quitó; bendito sea el nombre del SEÑOR. En todo esto Job no pecó ni culpó a Dios." Fijémonos:

- Job se postró y adoró: esto demuestra su fe, su temor reverente, y su humildad.
- “El SEÑOR dio y el SEÑOR quitó”: Job reconoció la soberanía de Dios.
- “Bendito sea el nombre del SEÑOR”: Job le bendijo a Dios por dar y por quitar.
- “En todo esto Job no pecó ni culpó a Dios”: esto demuestra su reverencia hacia Dios.

Tal fue la fe de Job, quien vivió unos dos mil años antes de Cristo. Santiago recuerda a Job y nos pide que nosotros lo recordemos también. Si perseveramos con paciencia, en la eternidad Dios lo recordará y nos premiará. Recordemos que Job no culpó a Dios, aunque sí lo hizo su esposa, Job 2:9; esto nos ayuda a mantener el temor reverente cuando hablamos de nuestro sufrimiento. Debemos decir lo siguiente: “Señor, eres fiel. Bendito sea tu nombre.” También podemos recordar Rom. 8:28 que dice: “Y sabemos que para los que aman a Dios, todas las cosas obran para bien, esto es, para los que son llamados conforme a su propósito.” Esto nos guardará de toda incredulidad y desilusión.

¿Qué es lo que preparó a Job para poder soportar tales tribulaciones? He aquí su testimonio, Job 23:10-12: “Pero Él sabe el camino que tomo; cuando me haya probado, saldré como el oro. ... su camino he guardado y no me he desviado. Del mandamiento de sus labios no me he apartado, he atesorado las palabras de su boca más que mi comida.” Nuestra preparación para las tribulaciones es que amemos la Palabra de Dios tal como Job lo hizo—más que la comida que nos sostiene; y así saldremos pulidos como el oro.

¿Por qué tienen que sufrir los santos? Esta pregunta milenaria quizá no tenga mejor respuesta que la siguiente: así lo ha ordenado Dios para los justos, y por lo tanto el resultado será bueno, un bien que no se puede conseguir de otra manera. Esta es una confesión de fe, la cual le agrada a Dios y seguramente vence a Satanás.

¿Cuál fue el propósito de Dios para Job? Al final Job le dijo a Dios, Job 42:5: “He sabido de ti sólo de oídas, pero ahora mis ojos te ven.” Job tuvo una nueva experiencia al conocer a Dios por medio de su revelación. También recibió gracia para interceder por sus amigos, los cuales le habían culpado, Job 42:10: “Y el SEÑOR restauró el bienestar de Job cuando éste oró por sus amigos; y el SEÑOR aumentó al doble todo lo que Job había poseído.” El Dios de Job es nuestro Dios también. Él es fiel. Amén.

“Señor, tengo tiempo para ti”

Dios creó a Adán y a Eva para tener una relación con Él mismo y entre ellos. Tenemos en nuestro corazón el testimonio que Dios nuestro Creador nos ama infinitamente y nos cuida y desea compartir su amor para con nosotros. A Dios le encanta tener una relación con nosotros. Nuestra oración es su deleite, Prov. 15:8.

¿Estamos disponibles para tener una relación con Él?

¿Estamos libres para tener una relación con Él?

¿Reposamos en su presencia?

Cuando estamos disfrutando de una relación con alguien a quien amamos, le prestamos toda nuestra atención y devoción. ¿No merece nuestro Dios tal atención y devoción? Nuestra carne se opone a esto, y por lo tanto encontramos que orar es una batalla. A menos que conquistemos esto, ¿cómo conquistaremos en otras batallas?

En Lucas 10:39-42 leemos: "Y ella tenía una hermana que se llamaba María, que sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra. Pero Marta se preocupaba con todos los preparativos; y acercándose a Él, le dijo: Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude. Respondiendo el Señor, le dijo: Marta, Marta, tú estás preocupada y molesta por tantas cosas; pero una sola cosa es necesaria, y María ha escogido la parte buena, la cual no le será quitada."

Debemos ser más como María y decir, "Señor, estoy disponible para Ti, tal como lo hizo María. Señor, tengo tiempo para Ti. Señor, estoy libre y descansado para Ti." En medio de las tareas, tomemos un breve descanso para decir, "Señor, estoy completamente disponible para Ti en este momento—toda mi atención, toda mi devoción. Háblame, Señor." Al hacer esto el Señor bendecirá ese momento, y lo engrandecerá.

Al Señor le agradaba que María estuviera descansada y disponible para sentarse a sus pies, al mismo tiempo que Marta estaba preocupada y molesta por muchas cosas, aunque esas cosas eran cosas apropiadas e importantes para atender a su huésped. A la misma vez, María escogió—"la parte buena"—y eso le complació a Jesús. Sentarse a los pies de Jesús no solamente significaba aprender, sino también compartir, y tener una relación.

Cuando estamos descansados, disponibles, y dedicados completamente a Él, esto nos transforma en la imagen de Cristo, como podemos ver en 2 Cor. 3:18: "Pero nosotros todos, con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, estamos siendo transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Señor, el Espíritu." Cuando enfocamos los ojos de nuestro corazón en Jesús—en su humildad, su paciencia, su amor—somos transformados.

Encontramos nuestro gozo en la presencia de Dios, según Salmo 16:11: "...en tu presencia hay plenitud de gozo; en tu diestra, deleites para siempre." Dios quiere llenarnos de júbilo en su casa de oración, Isaías 56:7: "yo los traeré a mi santo monte, y los alegraré en mi casa de oración...porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos." Dios se deleita en nosotros, Isaías 62:4: "Nunca más se dirá de ti: Abandonada, ni de tu tierra se dirá jamás Desolada; sino que se te llamará: Mi deleite está en ella, y a tu tierra: Desposada; porque en ti se deleita el SEÑOR, y tu tierra será desposada." Dios declara que cambiaría el nombre de Israel de "Abandonada" a "Mi deleite está en ella". Cuando aceptamos esta verdad, nos deleitamos en sentarnos a los pies de Jesús, en escucharlo y en tener una relación con Él.

¡Cuánto regocijo sentimos cuando un niño nos sonríe, dándonos toda su atención! Dios se deleita en nosotros como un padre se deleita en su hijo (Prov. 3:12) cuando le damos toda nuestra atención y reverencia a Él. Debemos recordar esto y ponerlo en práctica cuando oramos. También debemos entrenar a nuestros hijos a darle toda la atención y devoción a Dios cuando oramos, adoramos, leemos la Biblia, o escuchamos la presentación de la Palabra de Dios. No debemos estar apresurados, sino disponibles y descansados para Dios,

dado que estamos siendo transformados en la imagen de Cristo y siendo preparados para ser su novia. Amén.

“Estad firmes”

¿Qué debemos hacer cuando estamos agobiados por nuestras circunstancias? ¿Qué hemos de hacer cuando la batalla es demasiado grande para nosotros? Lo mejor en tal momento es hacer lo que Dios nos dice en Exo. 14:13: “Estad firmes, y ved la salvación que el SEÑOR hará hoy por vosotros.” Mientras escribo esto, busco la gracia de Dios para estar firme.

Cuando Moisés llevó al pueblo de Israel hacia la Tierra Prometida, veía en el borde del Mar Rojo mientras el ejército de los egipcios se les acercaba. Israel estaba confinado entre el enemigo por detrás y el mar por frente. El pueblo clamó a Dios, y Moisés les habló la palabra de fe escrita en Exo. 14:13-14: “No temáis; estad firmes y ved la salvación que el SEÑOR hará hoy por vosotros.... El SEÑOR peleará por vosotros mientras vosotros os quedáis callados.” Tal fue la palabra de fe—una palabra de veras profética—hablada por Moisés al pueblo de Israel mientras temerosamente veía acercarse al ejército de los egipcios.

Después de decir estas palabras de fe, Moisés clamaba a Dios hasta que Dios le habló: “Di a los hijos de Israel que se pongan en marcha,” Exo. 14:15. O sea, ésta es la palabra de Dios para nosotros: “¡Adelante!” Cuando seguimos adelante por fe, las aguas profundas se dividen, y pasamos a través por tierra seca. Nuestros enemigos están destrozados delante de nuestros ojos. Nos ponemos en marcha, y vamos victoriosos.

Cuando estamos agobiados por el enemigo (véase Exo. 14:13, citado previamente):

- “No temáis.” Esto viene primero.
- “Estad firmes.” Una vez vencido el temor, podemos estar firmes.
- “Os quedáis callados.” Una vez que tenemos la paz de Dios en nuestro corazón, podemos estar quietos.

Así fue como fueron preparados para avanzar y entrar en el Mar Rojo. Así fue como fueron preparados para ver la salvación de Dios: “El SEÑOR peleará por vosotros.”

“No temáis”—esta es una exhortación constante en la Biblia para los que confían en Dios; como, por ejemplo, cuando Dios le hablaba a Josué repetidas veces al empezar éste la conquista de la Tierra Prometida, Josué 1:6, 7, 9. El temor debilita aun al más fuerte. El valor fortalece al más débil. Cuando la fe vence el temor, la victoria es asegurada, sea en la vida o en la muerte; podemos estar firmes, podemos estar tranquilos ya que veremos la salvación de Dios.

“El día en que temo, yo en Ti confío,” Salmo 56:3. Cuando el temor surge, podemos hacer lo siguiente: (a) buscar a Dios en oración, a solas o con alguien del mismo sentir; (b) leer la Palabra de Dios (en voz alta, si es posible) o recordar un versículo atesorado en nuestro

corazón y confesarlo en fe; (c) escuchar a alguien compartir una palabra de Dios; o (d) leer las inspiraciones de fe escritas por hombres o mujeres de fe. El oír la Palabra de Dios nos da fe, Rom. 10:17: "...la fe viene del oír, y el oír, por la palabra de Cristo."

Cuando estemos en la batalla, confesemos lo siguiente: "La fe en Jesús me ha librado del temor. Señor, ayúdame a estar firme. Señor, permíteme mantener la paz. Tú pelearás por mí, Señor. Déjame ver Tu salvación. En el nombre de Jesús, sigo adelante." El Señor Jesucristo es nuestro Moisés. Cuando estamos abrumados por el enemigo, necesitamos que el Señor Jesús nos hable. Él venció la muerte por su propia muerte, y nos invita a morir con Él, para que nosotros, libres del miedo a la muerte, podamos compartir en su victoria sobre la muerte. Amén.

Conociendo a Cristo en su humildad

Lo más importante que se ha escrito en referencia a la actitud de Jesús cuando vivía en la tierra es que se humilló a sí mismo: "Y hallándose en forma de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente," Fil. 2:8. Dios preparó un cuerpo para su Hijo (Heb. 10:5), y mientras Jesucristo ocupaba ese cuerpo, y preparaba su camino en este mundo, observó que lo más justo que debía hacer era humillarse. Este humillarse lo colocó en el lugar de gracia, y por lo tanto pudo ser obediente, obediente en todo tiempo hasta morir en la cruz. Fue el paso inicial de humillarse el que hizo posibles todos los demás pasos. Se nos exhorta a tener el mismo pensar que Cristo—la misma humildad y sumisión, Fil. 2:5. Acerquémonos al Cristo humilde continuamente. Solamente los humildes pueden aprender de Jesús, Mateo 11:28-29.

El Señor nos hace un llamado hacia Él y lo que dice de sí mismo mientras vamos a Él es: "Soy manso y humilde de corazón," Mateo 11:29. Es esta revelación de Cristo, el ser manso y humilde, la que nos renueva: llegamos a amar la mansedumbre y detestar nuestro orgullo. La humildad es una virtud extraña a nuestra naturaleza pecaminosa tanto como el orgullo es algo natural a ella. Mientras aceptamos al Cristo humilde por la fe, y nos identificamos con Él en amor, nuestro orgullo se nos vuelve totalmente repugnante, y lo detestamos. La mansedumbre viene a vivir en nosotros como el Hijo de Dios viene a vivir en nosotros. Esto lo confesamos y lo hacemos nuestro a través de la fe.

Por eso, algo que aprendemos es: (1) Lo principal y de la más alta importancia para nosotros delante de Dios y los hombres es la humildad, y (2) si queremos ser humildes, tenemos que acudir a Cristo constantemente. Cristo se identificó con nuestra naturaleza humana (nuestra carne), y ahora nos ayuda a identificarnos con Él en su naturaleza divina. ¿No es el primer paso entonces humillarnos? En gran manera. Si no hemos visto a Cristo como el manso y humilde, no lo hemos visto. Si lo conocemos como el manso y humilde, amaremos la mansedumbre y la humildad.

La Palabra de Dios nos advierte que "Delante de la destrucción va el orgullo, y delante de la caída, la altivez de espíritu," Prov. 16:18. Por otra parte, "...antes de la gloria está la humildad," Prov. 15:33. Está escrito que Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes, 1 Pedro 5:5. Pablo escribió que él era quien era por la gracia de Dios, 1 Cor. 15:10. Todo lo que somos y lo que seremos en Cristo es solamente por la gracia de Dios, y

solamente los humildes reciben la gracia. Nuestro Dios es el Dios de toda gracia, 1 Pedro 5:10.

Los humildes tienen una relación con Dios: 2 Crón. 7:14 dice: "...Y [si] se humilla mi pueblo...y oran, y buscan mi rostro y se vuelven de sus malos caminos..." Observe que el primer paso es humillarse. Solamente entonces podemos orar como debemos. Tan pronto como vamos a Dios en oración, lo primero que debemos hacer es humillarnos. Abraham era el amigo de Dios; y aun así se llamó a sí mismo "polvo y ceniza" mientras hablaba con Dios, Gén. 18:27. Debemos orar con ese mismo espíritu.

En el ser mansos encontramos el poder de la Palabra de Dios: En Santiago 1:21 leemos, "recibid con humildad la palabra implantada..." El fruto producido por una rama injertada no tiene la naturaleza del tronco sino de la rama injertada. La Palabra de Dios se implanta en nosotros cuando la recibimos con humildad; y el fruto producido es conforme a la naturaleza de la Palabra de Dios, no a nuestra naturaleza pecaminosa.

Si soy altivo, es probable que no me dé cuenta de que lo soy. Pero otros individuos lo detectarán de dos modos: en la altivez misma, y en una carencia de gracia en mi vida. Por ejemplo, si alguien me dijera que soy orgulloso, es poco probable que yo lo comprendiera. De esto vemos cuán serio es el asunto. ¿Cómo podemos llegar al punto de comprensión de este concepto, y orar conforme a la voluntad de Dios? Confiemos que el Señor nos lo enseñará. He aquí unas disciplinas sencillas:

1. **Acudir al Cristo Humilde y pedirle que nos enseñe:** Al orar sigamos lo que dice Mateo 11:28-30. Debemos buscar al Señor antes de hacer cualquier otra cosa por la mañana; sigamos buscándolo a través del día; y acudamos a Él igualmente al final del día. Nuestro corazón y nuestra atención siempre deben estar en Él mientras pasamos por los afanes y las pruebas del día. Esta acción de voltear y buscar a Jesús, este venir a Jesús, nos mantendrá enyuntados con Él, y así unidos con Él, somos hechos uno con Él en el Espíritu, y compartimos de su humildad y su mansedumbre. Se les exhorta a los humildes a buscar al Señor, y también a buscar la humildad: "Buscad al SEÑOR, vosotros todos, humildes de la tierra...; buscad la justicia, buscad la humildad. Quizá seréis protegidos el día de la ira del SEÑOR," Sof.2:3. No podemos buscar al Señor a menos que nos acerquemos a Él en humildad. En 1 Tim. 6:11, Pablo le manda a Timoteo, "sigue la amabilidad." Al buscar la humildad estamos buscando la humildad del Señor. Hay seguridad para los humildes en el día de la ira del Señor, Sof. 2:3.
2. **Aprender a ser sumisos a otros en la Iglesia:** 1 Pedro 5:5 dice: "...estad sujetos a los mayores; y todos, revestíos de humildad en vuestro trato mutuo..." Estamos adornados para el Señor y armados contra Satanás cuando nos vestimos de humildad. En humildad de mente, tenemos la gracia para considerar a otros como más importantes que nosotros mismos, Fil. 2:3.
3. **Esperar en silencio ante el Señor en oración, pedirle que le muestre su orgullo:** Dios nos permitirá experimentar situaciones que revelarán nuestro orgullo y nos permitirán ser avergonzados. Esta es nuestra oportunidad para humillarnos. He encontrado gran socorro al orar lo siguiente en el tiempo de necesidad: "Señor,

¿tiene una actitud humilde mi corazón?" Si nuestro corazón tiene una actitud humilde, podemos escuchar la voz de Dios, recibimos gracia y somos fortalecidos. Así podemos perseverar y triunfar en el poder de Dios.

La felicidad se encuentra en cumplir la voluntad de Dios

Dios nos creó con un deseo para la felicidad sembrado en nuestro corazón, y ha provisto la manera en que este deseo puede ser satisfecho. Más aquí viene Satanás a la puerta de nuestro corazón con una falsa oferta de felicidad.

Cuando nos dedicamos a hacer la voluntad de Dios, experimentamos la felicidad por la cual somos creados, Salmo 40:7-8. Esto es una certeza tanto en los tiempos de calma como en los tiempos de tribulación en nuestras vidas, porque Dios es constantemente fiel. Posiblemente no nos sentimos felices cuando estamos angustiados, pero encontramos la consolación en la fidelidad y la presencia de Dios. Entonces, nuestra oración constante en la vida diaria debe ser: "Señor, ¿me encuentro siempre en armonía con Tu voluntad? ¿Te agradan mis pensamientos, Señor? ¿Estoy ocupado con lo que Tú has planeado para mí, Señor?" Tal actitud de oración mantendrá en nosotros un estado de gozo, aun en medio de las tribulaciones, Santiago 1:2. ¡Cuánto se complace Dios con los que sencilla y completamente desean agradecerle en todo!

¿Cuál es la falsa felicidad ofrecida por Satanás, el que engañó a Eva en Edén? Es la siguiente: Satanás nos atrae con el placer de hacer lo que queremos, aunque sabemos que va en contra de la voluntad de Dios. La capa azucarada del placer oculta el veneno fatal hasta ser tragado. Esta es una felicidad falsa que esconde la semilla de la muerte. Solamente el Espíritu de Dios puede iluminarnos a tiempo para reconocer y rechazar el mal que viene disfrazado de bien. El Espíritu Santo de Dios siempre está cerca para instruirnos y apartarnos del mal. Al paso que nuestro corazón esté acostumbrado al gozo puro del Espíritu, lo falso será repugnante para nosotros. El desarrollo de esta disposición divina no nos quita de la esfera de las tentaciones pero sí nos fortalece en la batalla.

Nuestra naturaleza humana tiene una inclinación inherente para buscar lo que le agrada a sí misma. Pablo llama esta inclinación "el pecado que habita en mí," Rom. 7:17. El reconocimiento del pecado que habita en nuestra naturaleza debe forzarnos a acercarnos a Dios, así también como tornar nuestro corazón hacia la humildad revelada e inteligente. Cuando nos apartamos de la atracción de la felicidad falsa, estamos tomando nuestra cruz para seguir a Cristo, quien oraba en agonía, "no se haga mi voluntad, sino la tuya." Fue esta oración por parte de Cristo lo que lo calificó para ser nuestra expiación, y es la misma oración que de parte nuestra nos otorgará el beneficio pleno de su expiación. El Espíritu nos está entrenando para caminar por la senda en que caminó Jesús. Si mantenemos perfecto nuestro corazón (en un estado de fe dedicado a la fidelidad), puede ser que nuestro diario andar no lo alcance, pero Dios nos da la gracia conforme a nuestro corazón, y aprendemos la obediencia paso a paso. Tal andar de obediencia es el andar de fe que nos lleva a la perfección, Heb. 5:8-9.

Debemos orar temprano por la mañana: "Señor, que mi corazón se encuentre completamente dedicado a seguir tu voluntad, y no la mía. Que me encuentres pensando y

haciendo lo que Te agrada a Ti, y no a mí. Que cumplir tu voluntad sea mi deleite. Que Tu Espíritu llene mi corazón y me guíe en el camino de la paz y la felicidad.” Mientras nos acercamos a Dios cada día, examinemos el estado de nuestro corazón, para ver si está en un estado perfecto delante de Él. Como el brote parece buscar la luz del sol y alejarse de la sombra, así nuestro corazón ha de buscar la luz que emana de Dios quien es Luz. Mientras la luz de Dios brilla más y más en nuestro corazón, veremos con más claridad nuestra necesidad de Dios. Tal atracción de nuestro corazón hacia Dios es el poder de una vida llena del Espíritu, y nos mantiene en una relación gozosa con Dios.

¿Hemos perdido nuestro gozo? ¿Hemos sido engañados con un gozo falso? Que las lágrimas de arrepentimiento y de gozo se mezclen. ¿Nos encontramos en tribulación? La semilla del gozo más puro está escondida en esta tribulación, y germinará mientras perseveramos con paciencia por amor al Señor. Nuestro Señor dijo en Juan 15:11: “Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea perfecto.” Por escuchar las palabras de Jesús podemos recibir gozo, y un gozo pleno. Que cada mañana tomemos tiempo para leer con atención y devoción en las Escrituras las palabras de Jesús. Así descubriremos el manantial de gozo, “que brota para vida eterna,” Juan 4:14. Amén.

La devoción personal hacia Dios

Amar a Dios, conocer a Dios, temer a Dios, ser dedicado a Dios, y gozar de Dios; para éstos somos creados, y en éstos encontraremos el significado de nuestra existencia ahora y eternamente. Creados a la imagen de Dios—Dios es Espíritu, el individuo tiene un espíritu—somos capaces de tener una relación espiritual con Dios; esto es conocer a Dios en amor. Dios es amor, 1 Juan 4: 8, 16. Amar a Dios es el mandamiento supremo (Marcos 12:29-30), y la meta suprema de la vida. Una persona conoce a otra persona mejor solamente por medio del amor. Así también es como conocemos a Dios: lo conocemos en el espíritu, en el amor. Leemos en 1 Juan 4:7-8, 12, 15, 16 que Dios vive en nosotros, y nosotros vivimos en Dios. Creemos y nos reafirmamos en el reconocimiento de esta realidad mientras creemos y nos reafirmamos en una disciplina de devoción personal con Dios.

Ejemplos bíblicos de la devoción personal:

Ana en su vejez (Lucas 2:36-37): Ana, una profetiza, de 84 años de edad, estaba “sirviendo noche y día con ayunos y oraciones.” Se le otorgó el privilegio de ver al niño Jesús. Que Ana sea un ejemplo para nosotros, especialmente para los santos mayores. Que Dios permita que vivamos en el espíritu de devoción tal como lo hizo Ana, y que nos permita ver al Señor cuando aparezca.

La disciplina diaria de Daniel (Dan. 6:10): Arrodillándose tres veces al día, Daniel oraba y daba gracias. Tuvo visiones de Dios en su vejez. Daniel sentía mucha devoción por Jerusalén, y enfocaba sus pensamientos en el pueblo de Dios. Nosotros debemos amar a la iglesia—nuestra Jerusalén—mientras nos arrodillamos en oración, y que enfoquemos nuestros pensamientos en los propósitos de Dios con respecto a su pueblo.

Pablo y Silas en la cárcel (Hechos 16:25): Pablo y Silas estaban en la cárcel, lastimados por latigazos—quizás sangrando—y sus pies en el cepo. Pero los encontraron orando y

cantando en voz alta a medianoche. ¡Qué gracia en la adversidad extrema! Oremos: "Perdóname, Señor, por amar la vida fácil, y no orar. Permite, Señor, que yo reciba una porción del espíritu que tenían Pablo y Silas. Permíteme que ore y adore tanto en la adversidad como en las circunstancias apacibles. No me dejes ser atraído por la vida casual y soñolienta. Amén."

La iglesia en Antioquía, 54-55 d.C. Los miembros de esta iglesia local "...ministraban al Señor y ayunaban..." Hechos 13:1-2. Con tal oración estamos ministrando al Señor, esperando en Él, adorando, y dando gracias. Esto es ser dedicado al Señor, esperar su voz, su Palabra, y su dirección. Mientras la iglesia ministraba al Señor y ayunaba, el Espíritu Santo les habló y reveló el propósito de Dios con respecto al ministerio de Bernabé y Pablo. Oremos para que el Espíritu Santo nos dé el poder para hacer esto, y nos llame a tales momentos de oración y ayuno; y que el Señor permita que se nos encuentre dispuestos y obedientes.

Conocer a Dios en el pacto

Salmo 25:14: "Los secretos del SEÑOR son para los que le temen, y Él les dará a conocer su pacto." La palabra "secretos" aquí significa "amistad íntima y camaradería." La confianza y el compromiso en una relación de pacto nos ayudan a establecer una relación íntima con Dios. En tal relación convenial "conoceremos" al Señor, Jer. 31:33-34. Cuando aceptamos el pacto de Dios con nosotros en la sangre de Cristo, nos comprometemos a mantener el pacto al costo de nuestra vida. Es solamente en la base de este compromiso que conoceremos al Señor íntimamente. El pacto con Dios y la misericordia de Dios van juntos, Deut. 7:9; 1 Reyes 8:23; 2 Crón. 6:14.

En el Nuevo Pacto, Dios pone su ley en lo íntimo de nuestro ser y lo escribe en nuestro corazón, Jer. 31:33. Además, Cristo vive en nuestro corazón por fe, y estamos arraigados y cimentados en el amor, Ef. 3:17. Estas bendiciones nos permiten ser fieles al pacto.

El temor de Pablo con respecto a la iglesia en Corinto

En cuanto a la iglesia en Corinto, Pablo temía que sus mentes fueran "desviadas de la sencillez y pureza de la devoción a Cristo," 2 Cor. 11:3. Esto ocurría tan temprano como 57 d.C. La Iglesia ha de presentarse a Cristo como una virgen pura. Pablo temía que la iglesia fuera engañada tal como Eva fue engañada por la astucia de la serpiente. Debemos siempre orar: "Señor, ayúdame ahora a ver mi necesidad de estar alerta contra la astucia de la serpiente, para que mi mente no sea desviada de la sencillez y la pureza de la devoción hacia Ti. Permite, Señor, que me guarde como una virgen pura para Ti. Amén."

Ofreciendo nuestros cuerpos

Solamente un sacrificio perfecto es aceptable a Dios. ¿Es posible que nosotros ofrezcamos un sacrificio perfecto, aceptable a Dios? Sí, lo es, por medio del Señor Jesucristo, 1 Pedro 2:5. Jesucristo, "por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios," Heb. 9:14. Pablo nos exhorta por las misericordias de Dios que presentemos nuestros cuerpos un sacrificio vivo; el ofrecer nuestro cuerpo es nuestro "culto racional,"

Rom. 12:1. Cuando somos unidos a Cristo por fe y el pacto de cumplir la voluntad de Dios, ofrecemos nuestros cuerpos para hacer la voluntad de Dios, y esto es un sacrificio agradable a Dios por Jesucristo. Jesús puso fin a los sacrificios de animales del Antiguo Pacto ofreciendo su propio cuerpo como un sacrificio para hacer la voluntad de Dios. Este fue su ministerio como sumo sacerdote a través de toda su vida, hasta su muerte en la cruz. Por fe recibimos la gracia para imitarlo en su obediencia y en su muerte y así ofrecer nuestros cuerpos como sacrificios vivos.

El fuego de Dios desciende en el sacrificio que ofrecemos, tal como cayó en el sacrificio en el altar del Tabernáculo de Moisés. El fuego de Dios es el Espíritu Santo. El fuego quema, y el pecado que vive en nuestra carne es vencido. "La inclinación del fuego es apagarse; vigilen, pues, el fuego en el altar de su corazón." Con estas palabras William Booth animaba al pueblo de Dios. Pablo en su última carta le exhorta a Timoteo a que "avives el fuego del don de Dios que hay en ti," 2 Tim. 1:6. La enseñanza en este versículo es que, como el fuelle del herrero sirve para impedir que se apague el fuego soplando aire para avivar la llama, así Timoteo había de ejercer su fe y avivar el don de Dios. Según nosotros nos ofrecemos continuamente para hacer la voluntad de Dios, negando nuestra propia voluntad, tal sacrificio mantiene vivo el fuego. De esta manera ofrecemos "sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo," 1 Pedro 2:5.

¿Por qué se llama el ofrecer nuestros cuerpos un "culto" en Rom. 12:1? La palabra "culto" se utilizó por primera vez en la Biblia cuando Abraham dijo esto acerca de ofrecer a Isaac: "...iremos hasta allá, [y] adoraremos," Gén. 22:5. Tal era la revelación que Abraham tenía en su corazón en cuanto al supremo sacrificio que iba a hacer: él iba a adorar.

Tres veces en el libro de Joel leemos que los "sacerdotes" ministran para el Señor, Joel 1:9; 1:13; 2:17. ¡Fíjese cuán gran bendición es ésta! Ministran para Dios delante del altar, Joel 1:13. Oran, "Perdona, oh SEÑOR, a tu pueblo, y no entregues tu heredad al oprobio," Joel 2:17. Señor, permíteme permanecer siempre en el espíritu de sacrificio y siempre orar por Tu pueblo.

Como sacerdotes a nuestro Dios nosotros ministramos para Él, y por eso recibimos la gracia y la unción para ministrar a nuestros hermanos. De Jesús está escrito, "Sacrificio y ofrenda no has querido, pero un cuerpo has preparado para mí...He aquí yo he venido...para hacer, oh Dios, Tu voluntad," Heb. 10:5,7. Nuestros cuerpos son el templo de Dios, y el sacrificio de hacer la voluntad de Dios—ofreciendo nuestros cuerpos como sacrificios vivos—es nuestro ministerio principal como sacerdotes en el templo de Dios. Los deseos de nuestros cuerpos son juzgados y guiados por el Espíritu, y nuestro cuerpo se convierte en el instrumento que hace la voluntad de Dios. Tal obediencia conlleva sufrimiento (la auto-negación). Esto mantiene vivo el fuego de Dios quemando en el altar de nuestro corazón, y tenemos la gracia para ministrar unos a otros en el Cuerpo de Cristo.

Orar e interceder

El enfoque central de un ministerio del tiempo postrero es la oración personal de mediación, Lucas 18:7-8. El Espíritu Santo nos ayuda en este ministerio bendito, Rom. 8:26. Leemos en Hechos 2:17: "Y sucederá en los últimos días—dice Dios—que derramaré

de mi Espíritu sobre toda carne; y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán..." Fíjese que la primera cosa mencionada con respecto a los individuos sobre los cuales el Espíritu Santo se derramará es que "profetizarán." El significado original de "profeta" es: "un mediador, quien, por su intimidad con Dios, recibiría la mente de Dios, y así podría hablar de parte de Dios..." [Adam Clark, citado en *Systematic Theology*, tomo III, de Earnest S. Williams.] Deducimos, por lo tanto, que el bautismo del Espíritu Santo imparte un deseo y una capacidad para orar e interceder. Estos dones y operaciones son especialmente para "los últimos días" como leemos. Puesto que sabemos que los últimos días comenzaron cuando Jesús vino (Heb. 1:2), y cuando el Espíritu Santo fue derramado (Hechos 2:17), cuánto más debemos recordar que estamos viviendo en las últimas etapas de los "últimos días." ¿No es entonces el Espíritu quien nos llama a cada uno de nosotros personalmente a orar e interceder, y "obtener la mente de Dios, para poder hablar de parte de Dios...?"

El Señor Jesús cuando habló de los últimos días enfatizó: "Velad en todo tiempo, orando," Lucas 21:36. Los individuos llenos del Espíritu y guiados por el Espíritu que viven en estos últimos días serán atraídos al lugar de la oración personal "día y noche" (Lucas 18:7; 1 Tim. 5:5; 1 Tesa. 3:10), con el resultado de que sus palabras serán proféticas ("el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación," 1 Cor. 14:3). ¿Será que el Espíritu lo está llamando a usted a orar e interceder? Bienaventurados sus oídos si usted puede oírlo. Esta es mi oración a Dios, que mis oídos sean abiertos al llamado del Espíritu.

Si existe un impulso sutil en su corazón hacia la oración personal por siquiera unos momentos, y usted responde, su obediencia puede tener un impacto enorme para el reino de Dios. En tales momentos procure encerrarse a solas (Mateo 6:6), o encontrar un lugar solitario (Marcos 1:35); o, dondequiera que esté, considere ese lugar como tierra santa. El apóstol deseaba que "en todo lugar los hombres oren," 1 Tim. 2:8. No existe ninguna hora ni lugar que no sea apropiado para una oración silenciosa—la oración del corazón, Lucas 18:7; 1 Tesa. 5:17; Salmo 63:6.

Mientras oramos, si estamos de salud normal, es importante que mantengamos nuestro cuerpo en una postura reverente: con la cabeza inclinada, Jueces 7:15; 1 Reyes 18:42-45; Lucas 18:9-14; de rodillas, Dan. 6:10; Lucas 22:39-44; 2 Crón.6:12-14; con las manos levantadas, Exo.9:29; Exo.17:10-13; 1 Reyes 8:54-55; Salmo 63:4; 1 Tim. 2:8; de pie, 2 Crón. 20:2-9; Lucas 18:9-14; con la mirada hacia el cielo, Marcos 6:39-44; postrado, Gén. 24:26-27; Exo. 34:8-9; Deut. 9:18-20; 1 Crón. 21:16-17; Mateo 26:39.

Satanás se opone a los que oran sinceramente. En esto dependemos de la ayuda del Paracleto, el Espíritu Santo. Nuestro Señor dijo que, "ellos debían orar en todo tiempo, y no desfallecer," Lucas 18:1. Es fácil que nos desmayemos, tal como lo hicieron los discípulos cuando el Señor se angustiaba en el jardín; por lo tanto tenemos la exhortación del Señor que no debemos desmayarnos. Que el Señor nos encuentre vigilando, con una actitud dispuesta, deseosa, y humilde en la oración.

Favor de considerar esta disciplina sencilla: "Lo primero que usted ha de hacer, cuando está de rodillas, es cerrar sus ojos y, con un silencio breve, deje que su alma se ubique en la presencia de Dios; eso es, usted ha de usar éste, u otro método mejor, para separarse de todo pensamiento mundano, y hacer su corazón lo más sensitivo que pueda hacia la Presencia Divina." [William Law, *Wholly for God*, redactado por Andrew Murray.]

Dos puntos importantes para recordar en la oración: (1) Ore: Señor Jesús, permíteme desear en oración solamente lo que Tú quieres que desee. (2) Ore: Señor, cuando oro por un individuo, permite que no tenga ningún sentimiento de condenación hacia ese individuo; déjame orar como Tú orarías. En esta consagración, nos hemos identificado con el Justo, eso es Cristo, y nuestras oraciones subirán hacia Dios como la oración "del justo," Santiago 5:16.

El ejemplo de humildad de Abraham en la oración: Dios le habló de Abraham a Abimelec, Gén. 20:7: "...porque él es profeta y orará por ti y vivirás." Este mismo Abraham se llamó a sí mismo "polvo y ceniza" cuando intercedió por Sodoma y Gomorra, Gén. 18:27. Que Dios nos ayude a acudirnos a Él en humildad completa mientras intercedemos en oración.

Cuando oremos, anticipemos: (1) que algo ocurrirá en nuestro corazón: un "corazón contrito y humillado," Salmo 51:17; (2) que el poder del Espíritu vendrá y obrará en nosotros, Lucas 3:21-22; (3) que tomará lugar en nosotros una obra transformadora, Lucas 9:29; (4) que el Espíritu nos ayudará a saber cómo orar, Rom. 8:26-27; (5) que tendremos la confianza de que estamos entre los escogidos que claman día y noche, Lucas 18:7. Estas instrucciones han sido muy preciosas para mí, y frecuentemente siento que Dios está obrando en mí mientras oro (sea en gozo, arrepentimiento, anticipación, corrección, o escuchando la voz de Dios). Que sea nuestra oración, "O Señor, habla a mi corazón, permíteme que escuche Tu voz". Necesitamos oír su voz para que podamos orar como debemos, para orar eficazmente, y orar en fe para cumplir los propósitos de Dios para nosotros y para otros. Amén.

Creciendo en gracia y conocimiento

(Artículo condensado de dos artículos por Varghese Ittiavira, un ministro en la India)

"...Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo," 2 Pedro 3:18. El apóstol incluye dos aspectos muy importantes de la vida cristiana en este versículo:

- Crecer en gracia
- Crecer en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo

Creer en gracia: En cuanto a la plenitud de gracia revelada en Jesucristo leemos que mientras Él habitaba entre los hombres en la carne, estaba "lleno de gracia y de verdad," Juan 1:14. La plenitud de Dios moraba corporalmente en Jesús. La gracia y la verdad son dos aspectos de esa plenitud. "Pues de su plenitud todos hemos recibido, y gracia sobre gracia," Juan 1:16. Considere la plenitud de gracia que se hallaba en Pedro, Pablo y Juan. Nosotros también podemos recibir la misma plenitud. Si usted piensa que esto era para los apóstoles en aquella época solamente y no para nosotros quienes vivimos hoy, recuerde las propias palabras de Cristo: "Por tanto, sed vosotros perfectos como vuestro Padre celestial

es perfecto," Mateo 5:48. Los apóstoles creían que por su enseñanza podían "presentar a todo hombre perfecto en Cristo," Col. 1:28.

¿Cómo podemos crecer en gracia? La gracia es el poder habilitador de Dios que opera en nosotros para poder cumplir la voluntad de Dios para nosotros. Esto lo aprendemos en 2 Cor. 12:9: "Te basta mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad." En 1 Pedro 5:5 y Santiago 4:6 leemos, "Dios resiste a los soberbios pero da gracia a los humildes." Esta es la única manera de recibir la gracia de Dios: humillándose a sí mismo. Al mismo grado que usted se humilla, Dios lo exaltará. Esto es cierto acerca de Jesús, como leemos en Fil. 2:8-9: "...se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo..." La frase "por lo cual" en el versículo arriba muestra que Dios exaltó a Jesús porque se humilló y se hizo obediente. Si nosotros nos humillamos y obedecemos, Dios nos exaltará a nosotros también. Por el contrario, si nos exaltamos a nosotros mismos, seremos humillados, Mateo 23:12. Estas son leyes espirituales inalterables. Lucero fue exaltado entre los ángeles pero quiso exaltarse más y por eso fue humillado. Otros ángeles también cayeron junto con él por la misma razón, y hoy día el mismo deseo de exaltarse a sí mismo está arruinando a la raza humana. Podemos escaparnos de tal degradación humillándonos a nosotros mismos. Humíllense y recibirán gracia. Humíllense más, y recibirán más gracia. Cuando estamos identificados con Cristo, estamos identificados con la humildad de Cristo.

Este principio de crecimiento o disminución en la vida espiritual basado en la humildad o la soberbia se aplica no solamente a individuos sino también a iglesias y comunidades.

Mientras crecemos en la gracia, tenemos victoria sobre el pecado. "Porque el pecado no tendrá dominio sobre vosotros, pues no estáis bajo la ley sino bajo la gracia," Rom. 6:14. Como Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes, debe ser obvio que no podemos vencer el pecado a menos que nos humillemos; ésta es la razón de una vida derrotada. Los humildes reciben la gracia, y por gracia, vencen.

Creer en el conocimiento de nuestro Señor: Debemos distinguir entre conocer al Señor y saber algo acerca del Señor. Conocer al Señor es vida eterna, Juan 17:3. Mientras crecemos en el conocimiento del Señor, crecemos en nuestra vida espiritual. El primer paso en recibir la vida eterna es conocer a Cristo personalmente, y experimentar una relación vital con Él. Esto ocurre en el arrepentimiento y el nacer de nuevo. El nuevo creyente crece progresivamente en el conocimiento del Señor, alcanza la medida de la estatura de la plenitud de Cristo, y es lleno de toda la plenitud de Dios, Efesios 3:19; 4:13. Tal es la voluntad de Dios con respecto a nosotros.

Supongamos que usted conoce a alguien por primera vez, y se hacen amigos. Al principio usted solamente lo conoce en unos cuantos aspectos. Mientras pasa más tiempo con él a través de los años, usted llega a conocerlo mucho más; y después de muchos años lo conoce más completamente. Enoc, quien vivió muchos años antes de la ley y los profetas, caminó con Dios por 300 años, desde la edad de 65 hasta los 365. Llegó a conocer a Dios tan bien que Dios se lo llevó; simplemente "desapareció", Gén. 5:24. Dios llamó a Abraham cuando tenía 75 años. Abraham anduvo en una relación con Dios por cien años desde la edad de 75 hasta los 175. Moisés conoció a Dios en el arbusto ardiente cuando tenía 80 años. Por los próximos 40 años Dios le habló cara a cara como un hombre habla con su amigo, Exo. 33:11.

Si los santos del Antiguo Testamento podían conocer tanto a Dios, ¡cuánto más podemos nosotros por medio de Jesucristo quien ha rasgado el velo para nosotros con su sufrimiento! Ahora tenemos acceso directo a Dios por medio de la sangre de Cristo y podemos permanecer en la presencia de Dios si entregamos nuestra carne para ser rasgada—crucificada, Gál. 2:20—por fe en Cristo. Esta experiencia nos lleva aun más allá que Juan el Bautista, quien era el mayor de todos antes de Cristo, Mateo 11:11. Esto es posible porque ahora Cristo nos revela al Padre, Mateo 11:27; Juan 1:18; 14:9, 11, 19, 20. En tal revelación crecemos en el conocimiento del Señor Jesucristo.

La plenitud gloriosa de este conocimiento será nuestra a la segunda venida del Señor, cuando lo veremos cara a cara: "...sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos como Él es," 1 Juan 3:2. También leemos, "Ellos verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes," Apoc. 22:4. Dios mismo estará con nosotros, y será nuestro Dios. Amén.

Un corazón perfecto

Por la gracia de Dios nuestro corazón puede ser perfecto; si caemos, podemos levantarnos de nuevo por fe y tener un andar más estable, Prov. 24:16. Antes de que podamos caminar por fe en los pasos de la obediencia, nuestro corazón debe ser perfecto: purificado por fe (Hechos 15:9), y preservado puro por un andar obediente, 1 Pedro 1:22.

¿Qué es un corazón perfecto? Un corazón perfecto es uno que confía, y es humilde y manso. Un corazón humilde descansa por fe y es apacible y gozoso. Confía en Dios y entrega todas sus cargas a Él. Un corazón perfecto ama a Dios y al hombre; se arrepiente rápida y voluntariamente; también perdona rápida y voluntariamente. Con el corazón establecido en tales condiciones, recibimos gracia para caminar por fe paso a paso hacia la perfección, Heb. 5:8-9.

No es difícil ver si nuestro corazón está en un estado perfecto. Solamente tenemos que orar y confesar lo siguiente (o en otras oraciones parecidas) de vez en cuando:

- Señor, ¿está mi corazón en un estado humilde? Señor, me humillo, Fil. 2:8.
- Señor, ¿está mi corazón en un estado manso? Señor, busco Tu mansedumbre, Mateo 11:29.
- Señor, ¿está mi corazón descansado? Señor, déjame descansar en Ti, Mateo 11:28.

Reflexione y medite sinceramente mientras usted ora así. Verá su necesidad del Salvador. Usted permanecerá en compañerismo con Él quien es el manantial de toda virtud. Entonces podremos caminar delante de Él con un corazón perfecto, aunque nuestros pasos se desvíen de vez en cuando. No hay duda de que experimentaremos el gozo del Señor al andar así.

Tal vez también conviene que oremos aun más como sigue:

- Señor, ¿está mi corazón apacible? Señor, confieso que Tú eres mi paz, Efesios 2:14; Isaías 26:3.

- Señor, ¿está mi corazón gozoso? Señor, me regocijo en Ti, 1 Pedro 4:13.
- Señor, ¿está mi corazón libre del afán? Señor, echo todas mis ansiedades en Ti, 1 Pedro 5:7.
- Señor, ¿está mi corazón lleno de amor? Señor, te amo con todo mi corazón. Ayúdame a amar a otros, Marcos 12:30-31.
- Señor, ¿hay algún pecado del cual no me he arrepentido? Señor, ayúdame a arrepentirme con todo mi corazón, aun por el pecado más pequeño.
- Señor, ¿hay alguien a quien no he perdonado completamente? Señor, ayúdame a perdonar como Tú me perdonaste a mí.

Un corazón puro: Fe, obediencia, amor

Cuando ponemos nuestra confianza en el Señor Jesús, nuestros corazones son purificados por fe, Hechos 15:9. Ahora andamos por fe en los pasos de la obediencia, y por la obediencia nuestras almas son purificadas, 1 Pedro 1:22. La fe absoluta en el Señor Jesucristo y la obediencia según la dirección del Espíritu Santo nos preparan para "...un amor sincero de hermanos," 1 Pedro 1:22. Notemos: hay que tener ambas fe y obediencia (las dos no pueden separarse en la experiencia cristiana genuina) para acondicionar nuestros corazones para "un amor sincero de hermanos" y para capacitarnos para amarnos los unos a los otros "entrañablemente, de corazón puro," 1 Pedro 1:22.

¿Le gustaría crecer en amor? Anhele ser lleno del Espíritu Santo (Rom. 5:5) y obedezca al Espíritu Santo. Anhele confiar en Dios por todas las cosas y en todas las situaciones. La fe tiene sus raíces en la tierra del arrepentimiento, porque, como dijo nuestro Señor, "arrepentíos y creed en el evangelio," Marcos 1:15. Mientras andamos en obediencia bajo la dirección del Espíritu, el pecado que habita en nuestra carne se nos revelará más y más, y podemos vivir una vida de arrepentimiento constante. El andar de la fe es por tanto un andar de obediencia, el andar de la obediencia es un andar en arrepentimiento constante, y tal andar es un andar de gozo. De tal modo nuestro corazón permanece en un estado perfecto delante de Dios. "Porque los ojos del SEÑOR recorren toda la tierra para fortalecer a aquellos cuyo corazón es completamente suyo," 2 Crón. 16:9. Así experimentamos el poder de Dios.

Los hijos verdaderos desean la corrección

El profeta Jeremías clamaba a Dios por corrección: "Repréndeme, oh SEÑOR, pero con justicia, no con tu ira, no sea que me reduzcas a nada," Jer. 10:24. La corrección del padre es para sus hijos a quienes ama, y lo mismo es cierto para con nuestro Padre celestial y sus hijos, Heb. 12:5-11. Querido lector, por favor ore mientras lee esto, "Oh SEÑOR, repréndeme." Seguramente Dios contestará tal oración. Y usted sabrá en su corazón el gozo de ser un hijo de su Padre celestial. Amén.

"¿A quién enviaré?"

Uno de los serafines trajo un carbón encendido del altar y con él tocó la boca de Isaías. Entonces éste escuchó al Señor preguntar, "¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?"

Contestó Isaías, "Heme aquí; envíame a mí." El Señor le dijo, "Ve," Isaías 6:6-9. Que nosotros también busquemos la misma experiencia en oración. "Señor, toca mis labios con el carbón encendido del altar, y envíame," oremos.

El joven Jeremías vacilaba en profetizar, pero estuvo dispuesto después que el Señor tocó su boca. Leemos, "Entonces extendió el SEÑOR su mano y tocó mi boca. Y el SEÑOR me dijo: He aquí, he puesto mis palabras en tu boca," Jer. 1:9. "Señor, toca mi boca y pon Tus palabras en mi boca," oremos.

Tanto Isaías como Jeremías, según la tradición, sufrieron martirio. El sufrimiento aguarda a aquellos que son enviados por Dios, Hechos 9:16. ¿Quién querría ser enviado? No podemos ir a menos que Dios mismo toque nuestros labios y nos diga, "Ve". No podemos hablar a menos que el fuego del altar de Dios toque nuestros labios. Es entonces cuando estaremos listos para el sacrificio, listos para ofrecernos en el altar.

El discípulo (estudiante) es llamado primeramente a abandonarlo todo, a tomar su cruz, y seguir a Cristo, Lucas 14:26-27. El Maestro entrena al discípulo para ser un pescador de hombres. Luego al discípulo se le ordena, "Id...y haced discípulos," Mateo 28:19.

Somos enviados por el Señor. ¿Adónde nos enviará? A veces a lugares lejanos, a veces a nuestro vecino, pero siempre a los necesitados. A veces los necesitados son enviados a nosotros: a nuestra casa, o a nuestra iglesia.

María Magdalena lloraba en frente de la tumba vacía cuando el Señor resucitado le dijo en Juan 20:15-17: "...ve a mis hermanos, y diles: 'Subo a mi Padre...'" Fue una mujer que lloraba quien fue enviada primero a contar las nuevas de la resurrección a los apóstoles. Oremos para que Dios les dé una visión a nuestras hijas y a nuestros hijos.

El poder para testificar

El Señor resucitado había soplado el Espíritu Santo en los discípulos (Juan 20:22); sin embargo, les ordenó esperar por el bautismo del Espíritu Santo antes de salir a predicar. Los primeros cristianos no salieron hasta que "...se les aparecieron lenguas como de fuego que, repartiéndose, se posaron sobre cada uno de ellos. Todos fueron llenos del Espíritu Santo," Hechos 2:3-4.

El mismo bautismo hoy en día nos da el poder para predicar el mismo evangelio. El mismo bautismo está disponible a todos los que creen, todos los que lo piden, y todos los que obedecen. Venimos al que bautiza, el mismo Señor resucitado, y recibimos el bautismo en el Espíritu Santo por la fe. Los dones del Espíritu Santo también se reciben por fe. Estos nos capacitan para ministrar tanto a los pecadores como a los santos.

¿Estamos dispuestos a ser entrenados?

No podemos ingresarnos en la escuela de Cristo hasta que nos neguemos a nosotros mismos (entregándonos a Él) y tomemos nuestra cruz diariamente para seguir a Cristo, Lucas 9:23-24. ¿Qué quiere decir tomar nuestra cruz? No podemos hacer nuestra propia

voluntad, sino que debemos decir, "no se haga mi voluntad, sino la tuya." Este es el entrenamiento que los estudiantes reciben en la escuela de Cristo, el cual continúa por toda su vida. La noche antes de la crucifixión, nuestro Señor oraba con agonía, "no se haga mi voluntad, sino la tuya."

Consideremos un ejemplo: Jesús tenía mucha hambre después de ayunar por 40 días, y fue tentado a convertir la piedra en pan, pero Él se negó a hacerlo; estaba negándose a sí mismo. Él estuvo dispuesto a permanecer callado cuando lo acusaron; estaba negándose a sí mismo. Durante toda su vida Jesús renunció su propia voluntad e hizo la voluntad de su Padre, Juan 6:38. Cuando oraba en agonía, los discípulos dormían aunque Jesús les había pedido vigilar con Él. Jesús estuvo dispuesto a negarse a sí mismo y orar. Respecto a su inminente crucifixión Él oró, "Padre, si es tu voluntad, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya," Lucas 22:42. La auto-negación de Jesús se veía en su cumbre.

El Espíritu Santo nos guía por las pruebas de la vida cotidiana. En nuestras pruebas y tentaciones, sufrimos (nos negamos) y aprendemos la obediencia, tal como lo hizo Jesús mismo, Heb. 5:8. En este camino de sufrimiento y obediencia vemos las huellas de Jesús, 1 Pedro 2:21-23.

¿Estamos dispuestos a ir?

Abraham fue ordenado a ir, y estuvo dispuesto. Moisés, al principio no quería, pero luego obedeció. Isaías estuvo dispuesto. Jeremías estuvo dispuesto después de que el Señor tocó su boca. Los primeros cristianos estuvieron dispuestos. Oremos: "Señor, vengo a hacer Tu voluntad. Estoy dispuesto a ser enviado. Moriste por mí, y estoy dispuesto a dar mi vida por Ti. Amén."

Viviendo a finales del tiempo postrero

[Un mensaje para el Año Nuevo, 1999]

Al entrar en el Año Nuevo, conviene que tomemos tiempo para reflexionar. Después de observar que nuestra breve vida en la tierra "pronto pasa, y volamos," el salmista oró, "Enséñanos a contar de tal modo nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría," Salmo 90:12. Cuán precioso es orar así, sabiendo que ganaremos un corazón de sabiduría. La sabiduría de Dios nos ayudará a emplear con mayor cuidado los días otorgados a nosotros para nuestro peregrinaje. Que tengamos la gracia para redimir el tiempo y vivir sabiamente. Que tengamos la gracia para pensar amablemente, hablar con misericordia, y hacer obras de amor.

Millones de personas fallecieron el año pasado. ¿Con qué propósito nos ha permitido Dios tener más tiempo? ¿Cómo viviremos en el nuevo año? El famoso predicador chino Watchman Nee estaba enfermo, y el médico le dijo que pronto moriría. Entonces Nee oró, "Señor, no tengo miedo de morir, pero temo encontrarme contigo sin completar mi trabajo." El Señor lo sanó y le dio más tiempo para trabajar. Preparemos nuestro corazón para recibir nuestro trabajo del Señor cada día. Él es fiel para darnos la gracia para la obra. Aprendamos a depender del Espíritu Santo para que nos dé sabiduría para redimir el

tiempo. Necesitamos una pasión para Dios si vamos a estimar nuestro tiempo y usarlo para hacer la voluntad de Dios. Mientras aprendemos a orar, estamos siendo preparados para ser guiados por el Espíritu, y guiados a las obras específicas que el Señor nos ha preparado.

Al entrar en el año nuevo, y con el año 2000 en el horizonte, la gente por todas partes se preocupa por un futuro inseguro. El pueblo de Dios es llamado a orar, sabiendo que estamos viviendo a finales del tiempo postrero y en los últimos días de los últimos días. Nos cuesta orar porque Satanás se opone a nosotros cuando oramos, y porque nos inclinamos al desánimo. Nuestra vida de oración se enriquece mucho si aprendemos a orar empleando versículos de las Escrituras. Cuando leemos las Escrituras, es importante que leamos detenidamente, y con una actitud de oración. En la Biblia se encuentran muchos versículos que en realidad son oraciones, especialmente en el libro de los Salmos. "O Dios, tú eres mi Dios," Salmo 63:1. Muchas veces he encontrado mucho gozo al orar con este versículo. Mientras repito la frase, "O Dios, tú eres mi Dios"—no como un canto sin sentido sino en oración sincera con una actitud de adoración—tengo compañerismo con mi Dios. Otro versículo que empleo al orar es "Oh, SEÑOR, repréndeme," Jer. 10:24. Llevo varios meses orando así. Sólo Dios sabe cuánta corrección necesito. Mientras más corrección recibimos, mejor estaremos preparados para hacer y cumplir la obra a la cual Dios nos ha llamado; y avanzamos hacia la perfección por la gracia de Dios. En ocasiones cuando oro, "O SEÑOR, repréndeme," experimento el gozo de ser hijo de Dios. Sé por fe que el Señor permitirá las pruebas, y que me llevará a través de ellas. Aprenderé obediencia a través de las cosas que me permite sufrir, Heb. 5:8-9.

"Con toda diligencia guarda tu corazón, porque de él brotan los manantiales de la vida," Prov. 4:23. De nuestros pensamientos casuales nace nuestra forma habitual de pensar, y de nuestra forma de pensar nacen nuestro carácter y nuestra personalidad. De nuestras oraciones nace nuestra vida de oración, y nuestra vida de oración limpiará nuestra forma de pensar. Cuando nuestros pensamientos son puros, nuestras palabras y obras serán puras. Por lo tanto aprendamos a orar frecuentemente simplemente volviendo nuestro corazón a Dios y adorándole a Él, especialmente cuando estamos a solas. Cuando nos acostamos para descansar o dormir, cuando nos despertamos por la mañana, mientras trabajamos o viajamos, mientras estamos con gente que conversan mundanamente, que recordemos orar y adorar silenciosamente usando las Escrituras. Lo haremos no como una repetición vana, sino en reflexión sincera. Aquí encontrará algunos versículos que puede usar al orar:

- Salmo 18:1: "Yo te amo, SEÑOR, fortaleza mía."
- Salmo 103:1: "Bendice, alma mía, al SEÑOR, y bendiga todo mi ser su santo nombre."
- Salmo 23:6: "Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida; y en la casa del SEÑOR moraré por largos días."
- Salmo 90:12: "Enséñanos a contar de tal modo nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría."

- Salmo 139:23-24: "Escudríñame oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis inquietudes. Y ve si hay en mi camino malo, y guíame en el camino eterno."
- Salmo 119:133: "Afirma mis pasos en tu palabra, y que ninguna iniquidad me domine."
- Salmo 19:14: "Sean gratas las palabras de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti, oh Señor, roca mía y redentor mío."

Supongamos que estamos leyendo, "Con Cristo he sido crucificado, y ya no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí," Gál. 2:20. Podemos pausar por un momento y confesar: "Señor, confieso por fe que he sido crucificado contigo. Me considero de veras muerto al pecado. Tú, oh Señor, eres mi vida. Me amaste y te entregaste por mí. Amén." Usted puede orar con las Escrituras conforme a la dirección del Espíritu. Mientras meditamos pausadamente, recibimos luz y entendimiento de Dios. El compañerismo que tenemos con Él nos dará gozo.

Algunos asuntos especiales para la oración:

- En varios países el pueblo de Dios está enfrentando la persecución.
- Ore por los misioneros y otros quienes están dando su vida por el evangelio.
- Ore por más obreros en la viña del Señor.
- Ore por los que ejercen autoridad.
- Ore por los hermanos en su iglesia local, especialmente por los líderes.
- Lea acerca de y ore por la situación en el Medio Oriente.
- Que hagamos caso de las palabras, "Sí, vengo pronto," y que respondamos, "Amén, Ven, Señor Jesús." Amén.

La Consolación de las Escrituras

Estudios devocionales breves de la Palabra de Dios

Tomo 1

Joseph Arthungal

“Bienaventurados los que lloran, pues ellos serán consolados,” dijo nuestro Señor (Mateo 5:4). ¿Cuál es la bendición? Las consolaciones del Señor son la bendición. Las consolaciones del Señor significan nuestra relación íntima con Él. Ésta ha de ser la experiencia de todos los hijos de Dios. Un niño que llora corre en busca de su mamá, y la mamá corre a encontrar a su hijo. El Señor nos consuela por venir a nosotros; Jesús dijo: “No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros” (Juan 14:18). Dios nos consuela tal como lo hace una madre (Isaías 66:13).

El autor ha encontrado y compartido mucho consuelo en Dios y en su Palabra por medio de su ministerio pastoral, a través de más de treinta años. En este libro, comparte con sus lectores los consuelos que ha experimentado.

texto disponible de:

correo electrónico: joseph.arthungal@gmail.com

la Red: www.graceforgodliness.org